

ESTUDIOS GEOGRAFICOS.



25 de mayo de 1845.

Peña de san Miguel en Puy.

TOMO III. 14

PEÑA DE SAN MIGUEL EN PUY.

La ciudad de Puy, capital del departamento del Alto Loire, está situada en la falda del monte Corneille, cuya cima coronan las ruinas del antiguo castillo de su nombre y á cuyo pié corren los dos riachuelos Borne y Dolaison, que se juntan y desaguan á tres leguas y media de la población en la margen izquierda del Loire.

La fundación de esta ciudad, notable por su pintoresca situación, se debe á algunos sacerdotes que en el siglo VIII condujeron desde el Oriente á las rocas de las Cevenas para esponerla á la veneración del pueblo, una milagrosa estatua de la virgen. Corrieron en tropel los peregrinos á adorarla, y no tardaron en dedicarle un magnífico templo, conocido hoy con el nombre de Nuestra Señora de Puy, y á cuyo rededor se construyeron un sin número de edificios.

Entre los que ahora descuellan en la religiosa ciudad, merecen particular mención el citado templo de la catedral, admirable por la elegancia y sencillez de su arquitectura; la iglesia de San Lorenzo, vasto edificio en el cual están depositadas las cenizas del célebre condestable Duguesclin; y la de San Miguel, representada en la lámina que acompaña á este artículo, y que fué fundada á fines del siglo X sobre la meseta de un peñasco inmediato á la ciudad, que tiene la forma de una torre cónica y cuyo conjunto presenta desde lejos el aspecto de un soberbio obelisco.

El diámetro de esta extraña masa de peñascos se calcula en unos 70 pies, y su altura en 200. Hay una escalera cortada en la misma roca que consta de diez órdenes de escalones y conduce á la cumbre, desde donde se estiende agradablemente la vista por un inmenso y sorprendente panorama. Por los años de 962 Goteschal el obispo de Puy, colocó la primera piedra de la ermita edificada en la cumbre y la llamó *Seguret*, á causa de su inaccesible situación: su arquitectura pertenece al estilo romano, la portada está adornada con piedras blancas y basaltos colorados, á imitación de los que figuran en las hermosas obras lombardas. Si desde tan elevado sitio se tiene la vista á los objetos del contorno, descúbrese desde luego la ciudad de Puy asentada en forma de anfiteatro y dominada por las altas torres de su catedral y de las crestas de los peñascos, que heridos por los últimos rayos del sol, presentan las formas mas estrañas y fantásticas.

En el camino que conduce de Lion á esta ciudad, ofrece el perfil de la Peña de Corneille, una semejanza admirable con el retrato de Enrique IV, siendo de notar que hasta la gorguera se halla imitada por unos matorrales dispuestos de cierto modo particular.

A un cuarto de legua de la ciudad se alzan los órganos de Espally, que consisten en unos colosales prismas de basalto, base que fueron un tiempo del soberbio alcázar habitación de Carlos VII y en el que fué proclamado rey de Francia.

GLORIAS DE ESPAÑA.

DON ALONSO EL BATALLADOR.

I.

La altiva Zaragoza no era ya por los años de 1148, aquella poderosa ciudad de los árabes, de donde salían frecuentes cabalgatas, para inquietar y hacer correrías en tierras de cristianos: discordias interiores y pugnas entre los reyezuelos que la dividieron, la habían puesto varias veces á punto de perderse, y por último, desde la primavera de aquel año se hallaba sitiada por un ejército aguerrido á las órdenes del rey don Alonso I de Aragón, llamado *el batallador*. Las tropas cristianas, dueñas ya del Castellar y del Arrabal, amenazaban con el último asalto, mientras que los sitiados, escasos de hombres y de viveres, se veían reducidos al último apuro. Ya casi habían perdido la esperanza de recibir socorro de fuera, cuando un mensajero, cubierto de sudor y de polvo, logró introducirse en la plaza, entre los muchos que lo habían pretendido, y gritó á la ansiosa multitud que le rodeaba:

—¡Constancia, musulmanes! El poderoso Temin, el valiente caudillo de Córdoba, llega á vuestro socorro con un numeroso ejército. Venid á las almenas á presenciar la derrota y oprobio de vuestros enemigos.

Todo el pueblo acude presuroso á las murallas, gozándose de antemano en el terror y confusión de los sitiados, con la llegada de tan inesperado socorro. Efectivamente, una agitación extraordinaria, un movimiento tumultuoso se notaba en el campamento de don Alonso. Aun no estaban á la vista las tropas anunciadas, y sin embargo, ya se descubrían en los cristianos las señales del terror que su aproximación les causaba. En breve, no quedó duda de que intentaban levantar el sitio: peones y ginetes se incorporaron á sus banderas, se pusieron precipitadamente en marcha y el campamento quedó abando-

nado. Los árabes lanzan gritos de alegría desde lo alto de sus murallas, creyendo aquella desaparición efecto del miedo, y renaciendo su ardor bélico, aguijoneado por el deseo de venganza, se agolpan á las puertas de la ciudad pidiendo salir á el alcance de los fugitivos. El prudente Mohamed Amad, rey de Zaragoza, temeroso de algun desmán, intenta disuadir al pueblo; pero cede al fin á sus clamores, abriendo las puertas á la muchedumbre que se precipita en tropel á la campaña.

II.

El rey don Alonso tuvo también noticia de la venida del ejército de Temin, como que no le faltaban espías entre los árabes, ni quien de entre ellos mismos sirviese con gusto bajo sus banderas. Conoció desde luego su crítica posición y que le sería imposible impedir al enemigo la entrada en la ciudad, si el combate llegaba á trabarse cerca de las murallas. El peligro urgía y era preciso adoptar una resolución. La de don Alonso fué la de un valiente: salir al encuentro de los enemigos en un sitio donde no tuviese la ciudad á sus espaldas, derrotarlos á toda costa, y volver luego sobre Zaragoza, cuya rendición era infalible, privada de socorro. Sin embargo, cual prudente caudillo, dejó un cuerpo de reserva á cierta distancia de la ciudad, y en una posición desde la que podían cortar el paso, ó por lo menos observar á los que de ella saliesen. Los veteranos del ejército que habían murmurado al recibir la orden de abandonar el sitio, se reanimaron al saber que iban á combatir, y encontrando á las tropas de Temin, cerca de Cutanda, las derrotaron y pusieron en fuga, prendiendo á su general. Fué tan rápida y completa esta victoria, que no pudo llegar á noticia de los árabes que habían salido de Zaragoza, antes de encontrarse con los que juzgaban fugitivos. Lo primero que avistaron fué las tropas que habían quedado de reserva, y recelando alguna emboscada, dudaban si acomet-

ter ó guarecerse á la ciudad. Bien pronto conocieron que ya no les era posible esquivar el combate: la caballería que formaba la vanguardia del ejército victorioso de don Alonso, se les venía echando encima, y un peloton destacado del centro se adelantaba al galope sobre los infieles. No comprendían estos que impulso podía obligar á aquellos pocos hombres, para que así viniesen á encontrar la muerte en medio de sus filas, y su admiración creció al ver que cuando estaban á punto de caer sobre ellas, variaron de repente de dirección y desfilando por un flanco emprendieron una contramarcha con la misma ligereza y sin descargar siquiera un golpe. No obstante, al variar de frente en esta simulada carga, arrojaron un bulto en lo mas espeso de las filas musulmanas: este bulto era la cabeza de Temin.

Antes de que los árabes tuviesen tiempo de volver de su sorpresa y consternación, ya se vieron acometidos por toda la caballería, reunida á las tropas que habían quedado en emboscada, las que reclamaban los peligros de aquella empresa. En breve aquel campo no ofreció mas que una extraña mezcla de combatientes, y los infieles desbandados y dispersos por todas partes; tanto era su pavor con la pérdida de Temin y su refuerzo. Envueltos los acometidos con los acometedores se precipitaban como un torrente hacia las puertas de Zaragoza, y esta confusión fué causa de que muchos enemigos pereciesen sin conseguir su salvación dentro de la ciudad. Los demas resistieron algunos asaltos, y aun se hubieran defendido en ella por mucho tiempo, si las tropas de don Alonso no hubieran tenido á su favor el poderoso auxilio de la artillería. Veíanse entonces por primera vez, no solo en España sino en las demas naciones del continente, aquellas formidables máquinas conocidas con el nombre de *tiros de trueno*, cuyo volumen y calibre tanto superaban á los actuales cañones, á juzgar por los restos que se conservan en los museos. Sus efectos, acompañados de horribles deto-

naciones, tenían asombrados á los infieles, y el mismo rey Amad, cuando vió caer á sus mejores guerreros y desmoronarse sus torres y murallas á impulsos de aquellos extraordinarios proyectiles, lanzados á tanta distancia desde el campo enemigo, exclamó lleno de despecho:

—Rindámonos. ¿Qué sirve el valor de los hombres contra esas cobardes máquinas que asesinan desde lejos!

III.

Las banderas aragonesas tremolaban ya en los baluartes de la rendida Zaragoza; la mezquita principal se hallaba convertida en iglesia cristiana, y los árabes mediante un razonable tributo, habían evitado el saqueo de sus casas, permaneciendo en ellas la mayor parte de los habitantes de ocupaciones pacíficas, que agradecidos salían al encuentro del vencedor. Las compañías y escuadrones iban desfilando con sus banderas y estandartes al son de las trompas y clarines, y así el pueblo como los soldados prorumpían en exclamaciones de alabanza. Los guerreros mas señalados del ejército habían puesto sus banderolas en las lanzas, y vistosos penachos en las cimbras de sus cascos, que ostentaban levantando con orgullo la frente. Los formidables caballeros templarios marchaban revestidos con los mantos é insignias de su nueva milicia, terror de la morisma. Los nobles de Aragón, los magnates y condes que habían ayudado al rey en la conquista, venían rodeados de sus pages y hombres de armas que les traían los cascos, lanzas y escudos, puesto que los amos se presentaban con traje de regocijo mas bien que de batalla. Precedido de los heraldos con traje de ceremonia, ondeaba el estandarte real con las insignias de Aragón y Navarra, llevado por un alferez con lujosa sobreveste de terciopelo recamada de oro, y un gorro de airosas plumas. Estrepitosas aclamaciones anunciaban despues la presencia del rey batallador, don



Entrada triunfal de don Alonso en Zaragoza.

Alonso I de Aragon, que entre las gentes de su séquito y armado de todas piezas, á manera de conquistador, descollaba sobre un soberbio caballo, ricamente enjaezado. El fogoso animal, ufano con su carga y cual si conociese la importancia de aquel acto, relinchaba, pisaba con fuerza, sacudia las undosas crines que bajaban cerca del suelo, y movia á compas su cabeza en la que llevaba fijo un penacho de plumas de colores.

El rey, despues de haber dado gracias al Dios de los ejércitos en la iglesia recién consagrada, subió á tomar posesion del antiguo alcázar de los monarcas musulmanes. Esta entrada en Zaragoza fué su mayor triunfo, y el día en que se verificó, el 18 de diciembre de 1118, el mas feliz de aquella vida, fatigada con los azares y peligros de las batallas y los continuos sinsabores que le causó su malhadado enlace con la reina viuda de Castilla. De la rendicion de Zaragoza resultaron las de Calatayud, Tarazona, Ariza, Daroca, Molina y casi todos los pueblos infieles del Aragon. Por esto don Alonso en medio de las felicitaciones del triunfo y en consejo celebrado en aquel mismo alcázar conquistado, reveló el pensamiento de terminar sus victorias, pasando á combatir á la Palestina.

Agitaba por entonces al orbe cristiano el entusiasmo religioso que inspiraron las Cruzadas, y á pesar de que los españoles, que tenian los infieles dentro de su misma casa, estaban dispensados de irlos á buscar en Palestina, no faltaron algunos de carácter aventurero que partieron á Tierra Santa. El deseo de tomar la cruz agitaba al rey don Alonso, cuyo genio belicoso y emprendedor le incitaba á las expediciones heroicas y atrevidas. Intentaba despues de haber limpiado de infieles su territorio y asegurado la paz á sus pueblos, pasar al otro lado de los mares á dar nuevas pruebas de su bravura y su celo en defensa de la fé, abriendo otra carrera de triunfos.

IV.

No se realizaron tan pronto los grandiosos proyectos de don Alonso, y un accidente funesto, interrumpiendola brillante carrera de sus conquistas, causó graves disturbios en el reino. Habiendo puesto sitio á Fraga, tuvo por conveniente levantarle, en atencion á que los enemigos bien preparados, tenian fatigadas á las tropas cristianas con el largo asedio, y además porque Abengamia rey de Lérida, venia prestamente al socorro de los cercados. El intento de don Alonso era partir á la raya de Castilla, y juntando nuevas gentes, reforzar su ejército para volver sobre Fraga. Vinieron nuevas de que los de Lérida habian suspendido su marcha, sabiendo que Fraga ya no estaba en peligro, y en esta confianza el ejército cristiano marchaba sin recelo á su destino. El mismo rey don Alonso, acompañado solo de trescientos ginetes, se habia quedado á bastante distancia del grueso de sus tropas, cuando al llegar cerca de Sariñena, gritos lejanos, polvo y tropel de caballos les anunciaron que tenian el enemigo á sus espaldas. Paróse el rey á observar las fuerzas superiores que le acosaban. El caso era desesperado: si aguardaban, forzosamente iban á ser destruidos por el mayor número, y si huian, tambien iban á ser alcanzados antes de unirse á los suyos. No faltó quien aconsejase al rey apelar á la ligereza de los caballos; mas conociendo el monarca la ventaja que darian á los enemigos, si se dejaban atacar en retirada, llevado además de su fogosidad exclamó:

—No haré con la torpe fuga afrenta á veinte y nueve batallas en que sali vencedor. Estoy resuelto si fuese necesario, á morir como bueno, espada en mano. El que no quiera seguir mi ejemplo, que huya; pero en el miedo está la perdicion.

Ninguno quiso abandonarle, escepto los que él envió espresamente al alcance del resto de las tropas para que volbiesen pronto á socorrerle. Despues volvió, las rien-

das del caballo hacia los enemigos y tirando de la espada, dijo:

—Ahora, caballeros, que Dios nos ampare: tratemos de vender caras nuestras vidas.

Venian algunos árabes delante de sus filas, ya por la mayor impetuosidad de sus caballos, que no les dejaba guardar exacta formacion, ya por su deseo de alcanzar á los cristianos; mas cuando vieron que estos les volvian caras, y en el primero de todos reconocieron por sus lucidas armas y corona al rededor de la cimera, al gran principe y valiente caudillo don Alonso, honra de Aragon, se dieron prisa á retroceder hasta que incorporados en la masa de caballeria que traian á sus espaldas, cayeron sobre aquel puñado de valientes.

Los trescientos ginetes pelearon conforme al aprieto en que se hallaban, rodeando á su monarca, hacia el que los enemigos dirigian su mayor empuje, atraidos por lo lujoso de sus armas. El círculo de los fieles se iba estrechando por momentos, y acudiendo nuevos enemigos, al fin se vió al rey caer de su caballo. Perdido el caudillo, las demas gentes se dispersaron, y cuando las restantes tropas de don Alonso volvieron aunque tarde á salvar á sus compañeros y ahuyentar á los musulmanes, nadie pudo encontrar al rey: ni los enemigos le llevaron prisionero, ni los suyos le pudieron hallar por el campo, muerto ó vivo.

V.

Algunos años despues un pequeño destacamento de guerreros de la Cruz, atravesaba fatigosamente los áridos desiertos de la Palestina. Rendidos de cansancio y de sed y amenazados á cada instante por los huracanes y torbellinos de arena, todavia ignoraban aquellos guerreros la mayor de sus desgracias. Pertenecian á la última expedicion, compuesta de soldados de distintas naciones, que ansiosos de tomar parte en los peligros de la cruzada, habian llegado á Constantinopla á las órdenes del emperador Conrado y del rey de Francia Luis el jóven. Estas numerosas y aguerridas huestes habian escitado la envidia y los celos de los emperadores griegos de Constantinopla, que bajo las apariencias de amistad, eran realmente los enemigos mas temibles de las Cruzadas. A ellas sin embargo debieron aquellos ingratos emperadores su seguridad, pues contuvieron las incursiones de los infieles que amenazaban los límites del imperio griego de Oriente. La preponderancia de los sectarios de Mahoma, particularmente de los llamados turcos, causaba serios cuidados á los principes cristianos de Europa. Salidos de las fronteras de la Tartaria y conducidos por caudillos tan afortunados como valientes, se habian estendido por la Armenia y la Persia, y sus soberanos tomaban el pomposo título de Sultan ó rey de reyes. Por esto, aunque las Cruzadas no hubiesen tenido por objeto una de las mas gloriosas empresas de que hacen mencion los fastos del movimiento de la humanidad, todavia hubieran sido necesarias, para reprimir el engrandecimiento y audacia de los Turcos.

El emperador griego Manuel, que á la sazón dominaba en Constantinopla, no solo habia suscitado desunion y rencillas entre los soldados de la Cruz y adulterado los viveres que les proporcionaba, sino que con el deseo de librarse cuanto antes de tan incómodos huéspedes, cometiá la vileza de avisar á los infieles, todas las marchas y movimientos de los cristianos. Victima de esta traicion el mencionado destacamento y conducido por un falso guia, se vió atacado de improviso en medio del desierto por una multitud de infieles feroces y bien preparados. Los soldados de la Cruz eran incapaces de rendirse á los sectarios de Mahoma y se defendieron valientemente, apesar de su cansancio y abatimiento. Vióse entonces cuando el combate estaba mas encarnizado, un formidable caballero peleando en primera fila, abriéndose paso con

espada en mano por entre los mas apiñados grupos de los musulmanes y lanzándose á los mayores peligros, cual si tuviera empeño en buscar su muerte. Sabiase que aquel impávido guerrero, era uno de los pocos caballeros españoles que habian venido á la Palestina. Hacia la guerra unido á los templarios, y por efecto tal vez de uno de aquellos votos religiosos comunes en la época, guardaba el mas riguroso incógnito sobre su nombre y sus hazañas. No tardó mucho aquel animoso paladin en hallar la muerte que buscaba. Llevado de su ardor, no se incorporó á tiempo al destacamento que empezaba á retirarse en el mejor orden posible con ánimo de ganar una posicion mas ventajosa para hacer frente á los enemigos; y cuando quiso recordar, se halló casi solo en medio de ellos. Acribilláronle de flechazos y heridas, y á punto de caer del caballo, fué sacado por el inteligente animal, que apenas dejó de sentir la mano del ginete, se volvió rápidamente á las filas de donde habia salido, atropellando por entre los infieles.

Cuando los cristianos quedaron algun tanto desahogados, terminada aquella infausta refriega, un sacerdote

de la expedicion pudo aun llegarse á recoger las últimas palabras del moribundo caballero, que espiró abrazado á la cruz de su espada. El sacerdote saliendo entonces de su recogimiento, dijo á los que contemplaban atónitos aquel espectáculo:

—Orad, hermanos: orad, por el héroe de las batallas, por el rey don Alonso de Aragon y de Navarra.

Mientras estas cosas sucedian en Tierra Santa, el Aragon se hallaba profundamente agitado con la desaparicion ó la muerte del rey don Alonso; porque este suceso es todavia un problema histórico. Posteriormente se ha dado como positiva su muerte en el ataque de Sarriena, y aun se ha pretendido demostrar en monte Aragon, el sitio de su sepulcro; pero es lo cierto que por aquella época nadie supo el paradero del belicoso monarca. Esta circunstancia y su impracticable testamento, fueron la causa de graves disturbios, pues dejaba por herederos y sucesores en todos sus derechos y señorios á el Santo sepulcro de Jerusalem y á los templarios y demas caballeros encargados de su custodia.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

ESTUDIOS HISTORICOS.

EL PASTELERO DE MADRIGAL

O EL REY FINGIDO.

(Conclusion.)

VII.

Por las cartas que anteceden, se puede conocer la importancia que generalmente se habia dado á la prision y causa del pastelero, luego que llegó á traslucirse algo de ella; y el autor anónimo de las dichas cartas, ó estaba inteligenciado en la trama, ó se le habia confiado alguna persona bajo el mas estrecho sigilo, pues en otras cartas que escribió al mismo don Rodrigo Santillan, y al doctor Llanos, dice: que irá haciendo advertencias segun el caso lo pida, pero que no se afanen en descubrir al autor, porque no podrá decir de palabra mas de lo que dice por escrito, porque hay cosas que se saben como si no se supieran. Los jueces sin embargo continuaron sus pesquisas, y prendieron á uno que habia sido page de don Antonio, y á un fraile trinitario, é interrogados y puestos en el tormento el primero nada confesó, y el segundo se averiguó ser paisano, frances de nacion, soldado, y que se habia encontrado en la defensa de Antonio Perez cuando fué arrancado de manos de la justicia en Zaragoza, y despues habia sido bandolero en Cataluña; pero ni uno ni otro tenian nada que ver en la causa del pastelero.

Por mas que ambos jueces se afanaban en reiterar las declaraciones á los presos tanto eclesiásticos como seglares, jamás podian sacarlos de su respectiva declaracion, y bien sea por lo que la carta anterior indica, bien por otra causa, no se atrevian á dar tormento á los tres principales encausados, á pesar de que don Rodrigo tenia buenas ganas de poner en el potro á Espinosa, por ver si acababa de confesar quien era. Lo consultaron con Felipe II, y al fin los autorizó para poner á cuestion de tormento á fray Miguel y á Espinosa. Luego que recibieron la orden, don Rodrigo Santillan mandó trasladar al pastelero á Madrigal, y el doctor Llanos preparó el tormento para el fraile; y luego que estuvo á punto y prontos los verdugos, que al efecto habian venido de Valladolid, sacaron al fraile, que con la prision y trabajos estaba flaco y abatido.—Vamos, fray Miguel, le dijo con tono grave el doctor Llanos, los ministros del Dios de

la verdad, no deben aguardar estas pruebas para confesarla; yo espero que vos la confesareis de grado, porque ya es tiempo de terminar este asunto.—La verdad no puede ser mas que una, (contestó fray Miguel,) y esa la he dicho tal como es en mis anteriores declaraciones, y nada tengo que añadir.—Mirad, fray Miguel, que si el juramento prestado, y el temor de vuestra conciencia no son bastantes, el potro que teneis á la vista y las vueltas que os darán los verdugos, os la arrancarán mal que os pese.

—Los tormentos y la muerte podrán abreviar mi vida, que ya no podia ser muy larga, pero no me harán confesar mas que lo dicho, por que es la verdad: y delante de Dios protesto que si otra cosa dijere en medio de los dolores, no será la verdad.

El juez hizo una seña á los verdugos, que despojando á fray Miguel de sus hábitos le amarraron al potro. Antes de comenzar á apretar las cuerdas volvió á ser requerido, pero en vano: entonces se le comenzó á dar el tormento mas atroz que se ha visto; sus brazos y muslos estaban ya cortados por los cordeles, la sangre corria en abundancia por el potro, y el fraile, con el valor de un joven, sufría y exclamaba:—¡Dios mio! si he dicho la verdad ¿por qué tanta barbarie? Moriré, pero nada mas tengo que declarar. Hasta el mismo juez parecia ya conmovido á vista de tanto padecer, pero quiso hacer el último esfuerzo, mandó que doblasen el tormento, y apretasen los cordeles con mas fuerza. Los padecimientos se multiplicaron horriblemente con este doblado tormento, y fray Miguel sintió desfallecer sus fuerzas, y que el valor y sufrimiento le abandonaban, y prefiriendo la muerte á tan horrible padecer, gritó: que aflojen, que yo diré cuanto sepa. El juez mandó que le quitasen del potro y le suministrasen los auxilios indispensables, y luego que estuvo algun tanto reanimado dijo:

Todo el mundo sabe que desde hace muchos años fui íntimo amigo de don Antonio, prior de Ocrato, y que despues de la muerte del rey don Sebastian fui uno de sus mas acérrimos partidarios. Cuando fué vencido y expulsado del reino, y las tropas de Felipe II ocuparon á Portugal, yo fui preso y conducido á Castilla, pero llevando en mi corazon el sentimiento de ver el trono de Portugal ocupado por los castellanos, á quienes aborrecia. Desde entonces, resolví en mi interior hacer todo lo posible por la libertad de mi patria y por mi

amigo don Antonio, y concebí la idea colosal de hacer aparecer algun día al rey don Sebastian, ó por mejor decir á uno que lo representase al vivo, para seducir los pueblos y alucinarlos con la aparicion de su rey, y á la sombra de este rey fingido colocar á don Antonio en el trono. Poniendo en planta mi idea comencé á inventar sucesos y anédoctas que habian acontecido al rey don Sebastian despues de la batalla de Africa, y á darles publicidad tanto de palabra como por escrito. Estas surtieron el efecto que deseaba, á saber que dudasen algunos de su muerte. La casualidad hizo que el rey me destinase á Madrigal, y me encargase la direccion de la conciencia de doña Ana, á quien hallé tan inocente y sencilla, que no me fué difícil hacerla creer que su primo vivia.

Como nuestros lectores conocen ya los medios de que se valió para engañar á esta inocente señora, y la mayor parte de los hechos, solo tomaremos de la declaracion de fray Miguel lo que baste á explicar aquellos, y manifestar sus intenciones, y el orden y traza de su conjuración.

Habiendo encontrado en aquella señora, prosiguió fray Miguel, un apoyo muy fuerte y un elemento muy útil para mi idea, ya cuasi nada me faltaba mas que el hombre que habia de representar el papel de rey, para el cual me era indispensable un sugeto despejado, de talento, travesura, y dignidad, y bastante dócil para prestarse á mi idea, y cuya figura exterior y disposicion de cuerpo tuviese alguna semejanza con el rey. Ninguno de los sugetos en quien puse los ojos me pareció bastante completo, hasta que se presentó en Madrigal Gabriel de Espinosa, á quien yo habia conocido en Portugal donde habia militado. Comencé por engañarle, conseguí atraerle, y logré por fin hacerle el protagonista de mi idea, y él mas interesado en el asunto. Le prometí casarle con doña Ana, é hice que esta conviniera en la boda; y la hubiera verificado, porque este era el mas fuerte apoyo de mi plan, pues casada doña Ana con el pastelero, y publicado en Portugal, nadie hubiera creído que tan noble señora le diera la mano, sin tener seguridad de que era el rey don Sebastian. Luego, pues, que estuve asegurado del que habia de representar el principal papel, y el plan bien combinado, avisé de todo á don Antonio que á la sazón estaba en Francia, rogándole que viniera para proceder de acuerdo, y no fiarlo á un papel sujeto á tantas averías. Con su venida á Madrigal conseguí dos cosas, acabar de engreír y determinar al pastelero, y convenir en el plan que era el siguiente. Luego que Espinosa estuviese bastante instruido en el papel que habia de representar, debia marchar fingiendo un asunto interesante. Doña Ana que estaba ya de antemano preparada y convencida de que habia de hacer una romeria al Cristo de Burgos, saldria de Madrigal con este objeto; yo la acompañaria y en lugar de ir á Burgos, Espinosa que habia ido delante á preparar lo necesario, nos saldria al encuentro, y la conduciríamos á Francia donde se la obligaria por buenos medios á dar la mano á Espinosa.

Verificado el casamiento, don Antonio pondria en juego sus amigos de Portugal, que publicarian la aparicion de su rey, y comenzarian á levantar el pueblo, siempre dispuesto, porque llevaba con tedio el yugo y dominacion castellana; los amigos de Francia, entre los que contábamos á Antonio Perez, y Vandoma, escribirían y harían correr la aparicion del rey don Sebastian, apoyándola con su autoridad, y yo habia escrito muchas cartas al efecto, y pensaba escribir otras, segun las circunstancias hubiesen exigido. Cuando ya todo estuviese en disposicion, Espinosa debia presentarse en Portugal, donde si se erraba el golpe, él seria la victima; y si por el contrario salia bien la trama, luego que estuviese en el trono, ó antes si se convenia, teniamos determinado asesinarle, y que don Antonio ocupase su lugar. La época de verificar la aparicion y levantamiento debia ser á

la muerte del señor don Felipe II, y calculando tanto por su edad, como por sus muchos achaques que no podia estar muy distante, se habia comenzado ya á poner en ejecucion lo proyectado, á cuyo fin habia salido Espinosa de Madrigal. Al llegar á Valladolid fué preso, y ya vmd. sabe lo que despues ha sucedido, y el modo con que el plan se ha frustrado.

Aquí concluyó el pobre fraile su relacion, con la cual nada dejó que desear á los jueces, pues delató cuantos cómplices tenia en Portugal y otras partes, pero en este punto guarda silencio el manuscrito por respeto á las personas, (segun dice) hasta que por sentencia judicial sea declarada su culpabilidad. Los jueces mandaron conducirlo á la cárcel, donde se le prodigaron todos los auxilios necesarios para curarle de los padecimientos del cruel tormento que habia sufrido.

Espinosa fué traído al punto, y á la amenaza del tormento si no confesaba, dijo á los jueces, que escedian las facultades que les habian concedido, pues era imposible que el rey mandase dar tormento á un hombre honrado como él era; pero sus protestas no fueron atendidas, y los verdugos le pusieron en el potro y comenzaron á apretar los cordeles. No fué necesario darles muchas vueltas, porque á las primeras dijo que diria cuanto sabia. Los jueces mandaron soltarle, y sin que nadie, al parecer, le hubiese dado cuenta de la confesion de fray Miguel, exclamó, arrancando un profundo y doloroso suspiro. *¡Ah fraile! fraile! Si tu no te condenáras, yo no te condenára, ni fueran bastantes los tormentos á hacerme decir mas de lo dicho, que no ellos, sino tu poco ánimo me obliga á mí á decir lo que á ti te costará muy caro, que á mí no me puede costar mas de lo que costara lo que habia ya confesado.* Luego continuó su confesion conforme en un todo con lo que ya saben nuestros lectores, y con la declaracion dada por fray Miguel en el tormento, excepto en la intencion que tenían de asesinarle, y en la venida de don Antonio á Madrigal, de lo cual ni tenia noticia alguna, ni habia recelado el lazo que le tendian. Volvió á ser interrogado sobre su nacimiento, y contestó lo mismo que en sus anteriores declaraciones, sin que por mas diligencias que hicieron los jueces, pudiesen averiguar otra cosa, ni despues se haya sabido que hombre era.

Luego que por las declaraciones de ambos reos, en las cuales se ratificaron varias veces, se supo enteramente la verdad, pasaron los jueces á la celda de doña Ana con objeto de desengañarla, y hacerla conocer el enredo en que la habian envuelto. Le leyeron las declaraciones de ambos, y se las enseñaron firmadas, pero la monja contestó.—No, no es posible, esas firmas serán fingidas ó arrancadas por la violencia.—Señora, contestó el doctor Llanos, los ministros de la justicia somos incapaces de hacer una cosa como la que vos imagináis; estas declaraciones son las de los presos, estas sus firmas, y la relacion que acabais de oír, la verdad del hecho.—Todo lo creeria, pero fray Miguel... ese hombre tan santo!...—Ese es cabalmente, señora, el principal autor del enredo, ese el hombre de cuya hipocresia habeis sido la victima.—Cómo, es posible!... Ese hombre que me hablaba siempre de virtud, de moralidad y de temor de Dios, ese hombre!...—Señora, no lo dudeis, os ha engañado, y gracias al cielo, que no le ha dejado consumir su delito, sino á estas horas estariais para siempre unida á un hombre vil, cuya vida tal vez sea un tegido de crímenes horrendos. Entonces doña Ana que acababa de comprender el abismo á cuyo borde habia estado, cayó como herida de un rayo; los jueces y demas personas que allí se hallaban, le suministraron los auxilios que encontraron á mano, y al cabo de un rato comenzó á volver en sí, pero anegada en llanto y sofocada por los suspiros. Iba á hablar y las palabras se ahogaban en su pecho ó solo proferia palabras sueltas, ó frases incohe-

reñtes. Ya por fin fué desahogándose algun tanto y tras-pasada de dolor decía: ¡Dios mío, es posible! ¡Es posible! Pero si, no hay duda, ellos querían perderme... ¡Qué dirá el rey! ¡Qué dirá el mundo, el mundo entero cuando sepan que yo he cooperado á tan negra intriga!... ¡Y mi honor, mi reputación!... ¡Ah, no hay remedio, todo lo he perdido! Las gentes me tratarán de liviana... las personas reales de traidora, el que mas favor me haga de necia... ¡Qué vergüenza!... Dios mío. Fueron necesarios todos los esfuerzos de los circunstantes para tranquilizarla algun tanto y luego que lo consiguieron la dejaron entregada á sus tristes reflexiones.

Ambos jueces comunicaron á Felipe II el resultado de la causa, y le consultaron las sentencias, las cuales el rey aprobó, mandando suspender por entonces la de fray Miguel y encargando al doctor Llanos, que notificase á doña Ana y demas personas eclesiásticas la sentencia, y luego fuese él mismo á conducir á fray Miguel á la corte, esperando en Guadarrama las órdenes de S. M. El doctor en cumplimiento de ellas pasó á hacer la notificación á doña Ana, la cual aunque afligidísima oyó con resignacion y presencia de ánimo su sentencia, cuyo tenor es el siguiente:—*Sentencia.*—En el negocio y causa criminal, que por comision apostólica se ha causado y pende ante nos en esta villa de Madrigal, y en el monesterio de monjas de Nuestra Señora de Gracia la real de la dicha villa, en que de oficio de justicia hemos procedido, y procedemos contra doña Ana de Austria, monja profesa del dicho monesterio y demas cómplices, vistas las probanzas, y confesiones, y alegaciones hechas sobre el caso, y las confesiones de la dicha doña Ana, y lo demas que en esta parte se convenia, y la culpa que de todo ello resulta contra la dicha doña Ana de Austria, por la calidad de su persona, y por otras justas causas que aquí no se declaran; fallamos que debemos de condenar y condenamos á la dicha doña Ana de Austria, monja susodicha, á que sea sacada y salga del monesterio de Nuestra Señora de Gracia la real, donde al presente está, para otro monesterio, que le fuere por nos, ó por otra persona que para ello tenga facultad, señalado, y que salga y lo cumpla cada y cuando que le fuese ordenado, y en la forma que se le ordenare, sin poner en ello escusa ni dilacion alguna; y en el entretanto que se le señala y ordena la parte á donde ha de ir, esté en el que agora está; y en este dicho monesterio, y en el que se le señalare, desde luego esté reclusa en su celda por tiempo y espacio de cuatro años primeros siguientes, sin que pueda salir de la dicha celda mas de á oír misa los dias de fiesta tan solamente, y yendo recta via al coro acompañada de dos monjas graves y ancianas, que la perlada de este dicho monesterio y del que se le nombrare, ó por nos le fuere nombrado, señalare, y que del vuelva á su celda de la misma manera; y en ella no pueda entrar ni hablar persona ninguna con la dicha doña Ana de Austria, en el dicho tiempo; y asi mismo la condenamos en que todos los viernes de los dichos cuatro años ayune la dicha doña Ana á pan y agua; y mas la condenamos á que perpetuamente no pueda ser prelada en este dicho monesterio ni en otro ninguno donde estuviere; ni la pueda servir ni sirva ninguna monja del, ni otra persona, sino fuere los criados comunes del dicho monesterio, que sirven á las demas religiosas; y asi mismo la condenamos en que sea tratada la dicha doña Ana de Austria en todo y por todo como una monja particular, asi en este dicho monesterio como en otro cualquiera á donde estuviere, asi en el llamarla como en todo los demas; y mandamos que esta nuestra sentencia sea llevada á pura y debida ejecucion con efecto, y se ejecute como en ella se contiene, sin embargo de cualquiera apelacion que de ella se interpusiere en cualquier manera, que por justas causas que á ello nos mueven, y por cuanto asi conviene al

servicio de Dios Nuestro Señor, y de S. M. real, reservando como reservamos en nos por la presente, cualquiera declaracion de duda que se pudiese ofrecer para la inteligencia della; y asi mismo, para poder dar y proveer cualquiera manda que para la ejecucion de nuestra sentencia fueren necesarios, y nos parecieren convenir en esta su verdadera ejecucion. Y por esta sentencia juzgando asi lo pronunciamos y mandamos en estos escritos y por ellos. —*El doctor Juan de Llanos de Valdés.*—

Pronuncióse esta sentencia y notificóse viernes 21, de julio de 1595.—Ante mi *Francisco de Santander* secretario de comision.—

A doña Luisa de Grado, y doña María Nieto su hermana, religiosas de aquel monesterio y criadas de la señora doña Ana, que como arriba dijimos participaban de todos los secretos, y sabian y cooperaban á este negocio, con la misma persuasion que la señora doña Ana, de que Espinosa era el rey don Sebastian, sentenciaron en ocho años de cárcel en sus celdas, y sacadas del monesterio, y privadas de voz activa y pasiva, y ayunar á pan y agua todos los viernes de los dichos ocho años.

Hecha esta notificacion el doctor Valdés salió para Madrid conduciendo á fray Miguel, del cual volveremos á hablar luego. Don Rodrigo Santillan tambien por su parte habia concluido la causa, y habia enviado las sentencias á consulta del rey, que por hallarse bastante enfermo retardó su aprobacion algun tiempo. En este intermedio fué sorprendido por un alguacil de don Rodrigo que venia de Portugal, un correo procedente del mismo punto, que traia pliegos para doña Ana de Austria. Don Rodrigo los recibió, pero como habia ya terminado la causa los mandó sin abrirlos al rey, sin que se supiese su contenido. Unos juzgaron que era trama de los conjurados, para manifestar otra intencion muy distinta de la que de la causa resultaba, y librar ó al menos disminuir la pena de los encausados; otros que eran papeles muy importantes, que querian viniesen á manos de doña Ana como la persona de mas influencia y categoria, y menos culpabilidad, pero esto no pasó de conjeturas, porque Felipe II calló sobre su contenido, y aprobó las sentencias mandando se ejecutasen, por don Rodrigo Santillan. Este pues encargó á un padre grave y docto de la compañía de Jesus, que fuese á la cárcel y previniese á Espinosa para oír su sentencia, y le comenzase á disponer para la muerte. El jesuita fué allá el 28 de julio por la mañana, y cuando Espinosa le vió entrar, comenzó á decir repetidas veces:—Esto es hecho, esto es hecho.—En efecto, hermano, le contestó el jesuita, es preciso aprovechar el tiempo porque es corto.—¿Cómo corto? ¡pues qué sin notificarme la sentencia!...—No, pero segun tengo entendido no tardarán, y yo movido del deseo de vuestra salvacion, habia querido preveniros con tiempo.—Pues bien, sepa yo primero el tiempo que me queda, y ya que tanto os interesais por mí, sabed si podeis mi sentencia, y el tiempo que tardará en ejecutarse; el género de muerte, y el lugar de la ejecucion.—¿Y qué os impartará saber esto, si descuidais vuestra alma?—¿Acaso yo la descuido? Cumplid os ruego mi encargo, y luego hablaremos.

Salió el jesuita, y convenido con el juez volvió á la tarde temprano y dijo al pastelero:

—Ya puedo satisfacer vuestra curiosidad, y desearia que tuvieseis conformidad con la voluntad del Señor, recibiendo como de su mano....

—Bien, tengo conformidad y valor, ¿cuánto tiempo me resta de vida?—Cuatro dias; el martes próximo ha de ejecutarse la sentencia.

¿Y cuál es?—La de muerte en horca.

—¿En horca! ¡Ah, qué horror! ¡Pues entonces qué mas pudieran hacer conmigo si á mano armada hubiese levantado el estandarte de la rebelion contra Felipe II, si

hubiese profanado el monasterio, y ultrajado á las vírgenes santas del Señor?—Por Dios, hijo ¿no prometisteis conformidad y valor?—Yo me conformo con morir aunque nunca creí que mi delito mereciese la muerte, quiero mil muertes, pero no la muerte de un hombre vil.—¿Y juzgáis pequeño vuestro delito, cuando....—Mi delito será grande, pero es el delito de un hombre honrado, en él no hay ni asomos de vileza, ninguna acción villana.... La entrada del secretario con un papel en la mano interrumpió este diálogo, y Espinosa oyó con serenidad su sentencia, por la que se le condenaba á ser arrastrado, ahorcado en la plaza de Madrigal, hecho cuartos, y su cabeza colocada sobre un palo en un lugar público; en seguida le leyó también el decreto del rey confirmando la sentencia.—Supongo, dijo el pastelero, que como á todo reo me se oirá y permitirá la defensa pública.—Creo (contestó el escribano) que pronunciada sentencia definitiva ya no hay lugar á la defensa.—Pues apelo de esa sentencia.—¿Y á quien, cuando acabo de leerlos la confirmación del rey?—Al de los cielos, ante el cual será juzgado, el que no lo puede ser por los hombres; si, á Dios apelo, id, secretario y decid al que os envía, que he apelado de su sentencia ante un tribunal donde de seguro será admitida, y donde no podrá reusar contestarla. El secretario salió aturrido, Espinosa quedó algo conmovido y el jesuita tomó ocasión de sus mismas palabras para hacerle santas y cristianas reflexiones, las cuales el reo oyó largo rato sin incomodidad, y volvió á serenarse de tal modo, que aconsejándole el jesuita que se fuese preparando para hacer una confesión general, que si quería comenzaría al día siguiente; le contestó con sonrisa, eso no os de cuidado padre, que hartos ratos he tenido para pensar mis pecados, y estoy prevenido.—Pues entonces comencemos desde luego. En efecto, comenzó á hacer su confesión que tuvo que suspender por el cansancio y flaqueza y continuó al día siguiente hasta concluir. Fuera de la confesión se quejó amargamente muchas veces de la dureza del rey en no haber querido enviar persona que le reconociese, como tantas veces había suplicado; y diciéndole una vez el confesor: ¡ues bien, declarad quien sois, y tal vez esto haga cambiar el género de muerte ó tal vez os concedan la vida: no, contestó, no la quiero comprar á tanta costa. En fin la víspera de la ejecución recibió con mucha devoción el Santísimo Sacramento, conversó con los religiosos descalzos que le asistían y con su confesor, encomendando á este último con mucho interés á su hija, diciéndole, hacedlo por Dios, y sabed que es hija de.... de.... ¡ah Dios mío! por poco el amor me arranca el secreto que no me habían podido arrancar los tormentos y la muerte.

Llegada la mañana del martes fueron muchos sacerdotes y otras varias personas á verle y consolarle. Espinosa estaba sosegado, paseaba por la habitación, hablaba con tranquilidad de su muerte y solo algunas veces exclamaba: ¡horca, y en la plaza de Madrigal!... ¡Ah! El corazón se me parte al considerar las angustias de aquella pobre señora. Solo se le vió tenaz hasta la muerte en sostener que no era hombre bajo, lo cual procuraba demostrar con sus acciones y palabras, é indicaba en todas sus conversaciones, pero sin que jamás se le escapase una sola palabra por donde pudiese entenderse nada. Poco antes de la hora señalada, mandó el juez que llevasen á su presencia el seron donde había de ser arrastrado, que le echasen la soga al cuello, y le atasen las manos poniéndole en ellas un crucifijo. Espinosa entonces llamó á su confesor, y quedándose con él á solas estuvo un largo rato, luego volvió á admitir á las demás personas, conversó con ellas y aguardó sereno la hora del suplicio.

A las cuatro de la tarde fué sacado de la cárcel y puesto en el seron, acompañándole muchos sacerdotes

que con este objeto habían acudido de toda la comarca; el pregonero iba delante gritando: *esta es la justicia que se manda hacer en este hombre por traidor á su rey...* (falso, exclamó Espinosa, jamás fui traidor), *por embustero, y porque siendo vil y de baja esfera* (—eso Dios lo sabe, dijo el pastelero con voz sosegada) *se quiso hacer persona real: quien tal hizo, que tal pague.* Por mas que el confesor y demás eclesiásticos que le acompañaban, le exhortaban á que tuviese resignación y sufrimiento, no podía tolerar las calificaciones de hombre vil, y de traidor. Llegados al pie de la horca le sacaron del seron, y puesto en pie miró á todas partes, con una serenidad extraordinaria, y viendo á don Rodrigo Santillan, que estaba en una de las ventanas de la cárcel para presenciar la ejecución, le llamó por su nombre é iba á dirigirle la palabra, pero el confesor se lo impidió, exhortándole á que olvidadas, todas las cosas del mundo que tan en breve iba á dejar, atendiese solo á su alma. Se hincó de rodillas, se reconcilió, y comenzó á subir la escalera sin ningun indicio de temor y turbación. El verdugo le echó el dogal al cuello, y él levantó las manos y lo compuso con tanto cuidado como si fuera una gala. Entonces hizo por dos veces ademán de hablar al juez, pero ambas se lo impidieron los sacerdotes que le auxiliaban poniéndole el crucifijo en los labios; pidió perdón al pueblo con una voz tan segura como si le arregase, y en seguida el verdugo hizo su oficio, y aunque tardó bastante en ahogarle, al fin quedó cadáver en la horca aquel hombre verdaderamente extraordinario.

Aunque nada se ha sabido del origen, patria y demás circunstancias de Gabriel de Espinosa, se dijo entonces que era hijo de una familia noble de Castilla, y que habiendo en su juventud dado la muerte á un hombre poderoso, tuvo que ausentarse de España, sin que nunca este asunto le permitiera volver á ella descubiertamente. Recorrió en su emigración varios países, militó en varios puntos en los tercios de caballería, era valiente, y de una fuerza tal, que él mismo refirió estando para morir, que en el Ferrol delante de otros camaradas, había cogido en su mano una lanza, y sin blandirla ni mover el brazo la había roto en dos pedazos. Era de muy buen talle, de excelente y muy apuesta figura, de modales finos y corteses, de talento despejado, sabía algunas lenguas con perfección, y tenía instrucción poco vulgar, todo lo cual puede ser prueba de que su origen no era tan bajo como él indicó en sus declaraciones.

VIII.

Desde el día en que doña Ana de Austria llegó á vencerse de que había sido víctima de tan extraño enredo y juguete de la falsa hipocresía del fraile y de la destreza de Espinosa, cayó en un profundo abatimiento, parecía como avergonzada, y ni aun se atrevía á suspirar ni quejarse de su desgracia. Encerrada por sentencia en el corto recinto de su celda, privada de toda comunicación hasta con las otras monjas, asistida por sirvientas ordinarias, sufría un cruel y prolongado martirio, y era objeto de la mayor compasión. En su encierro supo el fin desgraciado de Espinosa, y su corazón generoso le compadeció y perdonó, rogando á Dios por su alma. Pocos días después, vino orden de Felipe II, para que fuese trasladada á Avila á cumplir su sentencia en un monasterio que allí hay de la misma orden, llamado de Nuestra Señora de Gracia. La que anteriormente había renunciado al mundo, y ahora se veía reducida á un sepulcro un poco mas capaz que el que había de ocupar después de su muerte, poco le importaba vivir en Madrigal ó en otro punto, pero sin embargo, se despidió con sentimiento de sus compañeras, que tam-

bien derramaron lágrimas de compasión, al perder á tan respetable é inocente señora. El juez debía acompañarla á su destino, pero una enfermedad se lo impidió y salió en un coche acompañada del provincial y otros religiosos de su orden. Las religiosas de Ávila, la recibieron no como á una desterrada, sino como á una amiga, víctima inocente de su credulidad; pero ya para doña Ana no podía haber alegría, el resto de su vida lo pasó en el abatimiento y amargura.

Otra de las víctimas inocentes, ó al menos poco culpada y digna de la mayor compasión, fué la desgraciada Clara, ama del pastelero. La pobre, despues de haber sufrido el tormento, y una penosa prision de cerca de un año, criando á sus dos hijos, fué desterrada perpétuamente de todo el reino. La infeliz, escualida, casi estenuada y sin mas amparo que el del cielo, pidió licencia para permanecer algunos días en Medina, pedir limosna para emprender su viaje, ó ver si alguno queria quedarse con la niña; ¡pero ah! desgraciadamente no encontró mas que curiosos impertinentes, que registraban las señas del niño, admiraban la hermosura de la huérfana, y fastidiaban á la pobre víctima con preguntas indiscretas. ¡Tan crueles suelen hacer á los hombres los miramientos humanos! Llena de miseria y de oprobio, cargada con sus dos hermosos niños salió de España; tal vez seria víctima del hambre ó de la desesperación...!

En todos los demas presos se fueron ejecutando las sentencias, desterrando á unos, azotando públicamente á otros, y echando á galeras á algunos; ya no quedaba mas que fray Miguel á quien el doctor Llanos habia conducido á Guadarrama, segun dijimos. A los pocos dias recibió orden de trasladarse con el preso á Galapagar, y de allí á Madrid, donde hizo entrega del preso y de la causa al presidente del consejo real Rodrigo Vazquez. Este practicó nuevas diligencias, tomó nuevas declaraciones tanto á fray Miguel, como á otras personas complicadas en este asunto, que habian traído presas de Portugal, y por fin el 16 de octubre de 1595, se dió comision al mismo doctor Llanos, para que le intimase é hiciese ejecutar la sentencia. En el mismo dia el dicho doctor Juan Llanos de Valdés, acompañado del alcalde Canal, fué á la carcel, y sacando á fray Miguel, le condujo en un coche á la iglesia parroquial de san Martin, en la misma corte. Luego que llegaron, subieron á las gradas del altar mayor, y fray Miguel que iba con su hábito ordinario, se adelantó con mucha humildad y modestia, y puesto de rodillas en la grada oyó la sentencia siguiente:

Sentencia. En el negocio y causa criminal que ante nos ha pendido y pende por comision apostólica entre partes, la una Matias Rodriguez promotor fiscal actor acusante, y de la otra fray Miguel de los Santos, clérigo, presbítero y fraile profeso de la orden de san Agustin, reo acusado, vistos los autos y méritos deste proceso, y lo demas que en esta parte ver convenia, fallamos que el dicho Matias Rodriguez promotor fiscal susodicho, probó su acusacion contra el dicho fray Miguel de los Santos, como probarle convenia, acerca de los delitos de que fué acusado, dámosla y pronunciamosla por bien probada; é habiendo sido el dicho fray Miguel traído á estos reinos de los de Portugal, por culpado en los alborotos que en aquellos reinos hubo contra el rey N. S. favoreciendo la parte de don Antonio de Portugal, que tirana é injustamente usurpando el titulo de rey, se queria alzar con él y estando el dicho fray Miguel de los Santos en la villa de Madrigal por vicario del monesterio de santa Maria de Gracia la real de aquella villa, cinco años habia, no se enmendando ni corrigiendo, ni siendo grato como debia á las mercedes que S. M. le habia hecho, desde luego que comenzó á ser vicario del dicho monesterio, dando la última muestra de su incorregibilidad, sa-

biendo y confesando el dicho fray Miguel de los Santos, ser el rey N. S. el verdadero rey y legitimo señor de Portugal y no otro ninguno; y despues de los muy largos y felices años el principe N. S. y sus subcesores fué persuadiendo á una monja profesa del dicho monesterio, como el señor rey don Sebastian era vivo y andaba peregrinando por el mundo, cumpliendo cierto voto, y que habia de casarse con la dicha monja, fingiendo para ello muchas revelaciones y visiones divinas, que decia que Nuestro Señor le habia revelado diciendo misa y en otras oraciones, hasta tanto que la dicha monja y otras que lo sabian lo creyeron, y así mismo haciendo prevenciones en personas que venian de Portugal, para que si la dicha monja les preguntase si era vivo el dicho señor rey don Sebastian, le dijese que si; y continuando su intento y maraña, hizo que Gabriel de Espinosa pastelero de Toledo, echado á la puerta de la Iglesia siendo vil y bajo, se fingiese y dijese ser el dicho señor rey don Sebastian, tratándole y respetándole, y sirviéndole, y haciendo que la dicha monja le escribiese cartas estando ausente como á tal señor rey; el susodicho fray Miguel le dió medios y descubrió secretos que le aprovechasen para ser tenido por tal, y para que con ellos hiciese creer lo mismo á la dicha monja por ser persona de importancia para conseguir el dicho efecto, á la cual asimismo la decia el dicho fray Miguel, que en las revelaciones que fingia el dicho Gabriel de Espinosa que estaba presente á la misa, era el dicho señor rey don Sebastian, y que Nuestro Señor le señalaba con el dedo, y para mas seguridad de que esto era así, el dicho fray Miguel en presencia de la dicha monja se postró en el suelo, y de rodillas le besó la mano como á tal rey don Sebastian que fingia; todo á fin de que se casase con él, como real y verdaderamente hizo el dicho fray Miguel que cerca dello el dicho Gabriel de Espinosa le diese cédula de promesa de casamiento con titulo de firma de rey en su presencia, y que entre ambos hubiese otras palabras de promesa como se hizo, con intento de que á cierto tiempo el dicho Gabriel de Espinosa con aquella falsa opinion, esforzado con los dichos medios y casamiento, y con otros que iban tomando, escribiendo á algunas personas poderosas del dicho reino de Portugal como era vivo el dicho señor rey don Sebastian, y como le tenia casado con la dicha monja y que no se queria manifestar hasta cierto tiempo, y tratando de ir en persona al reino de Portugal á asentar el dicho trato para conseguir su intento conmoviendo el reino para ello, y confiando en la mucha opinion y reputacion en que estaba en él, se alborotasen los dichos reinos de Portugal, para hacer rey dellos al dicho Gabriel de Espinosa, á fin de por este camino perturbar al rey N. S. la posesion justa que tiene de ellos, teniendo como tenia en secreto para si luego que esto se hiciese, descubrir el engaño del dicho Gabriel de Espinosa, para que el dicho don Antonio (que estaba prevenido), pudiese apoderarse y hacerse señor de los dichos reinos de Portugal, como lo tenia trazado con él, sobre que así mesmo el dicho fray Miguel de los Santos tenia correspondencia con el dicho don Antonio. En todo lo cual el dicho fray Miguel siendo incorregible contra la magestad del rey N. S., rey y señor propio y verdadero de los dichos reinos de Portugal, y contra ellos mesmos y su reputacion, y contra la obligacion que tenia como su rey natural; y que así mesmo como religioso letrado y vicario del dicho monesterio tenia cometidos graves, enormes y enormisimos delitos, y fué causa de los que ha cometido cerca dello el dicho Gabriel de Espinosa, pastelero, y del engaño y error de la dicha monja: en lo espresado y referido el dicho fray Miguel de los Santos, reo acusado, no probó cosa ninguna de que se pueda aprovechar para su descargo, dámoslo y pronunciamoslo por

probado. Por lo cual, y por lo demas que del dicho proceso resulta, á que nos referimos, lo debemos declarar y declaramos perpetrador á los dichos delitos sobre que ha sido acusado, y en su consecuencia lo debemos condenar y condenamos al dicho fray Miguel en perpétua degradacion, *sine spe restitutionis*, y por la presente le deponemos y privamos perpétuamente de su hábito y oficio sacerdotal, y de todas sus órdenes mayores y menores, y de todas sus gracias, esenciones é inmunidades, prerogativas y privilegios, que por razon dellas y de cada una dellas y de su hábito y religion en que profesó, debia y podía gozar, y le pertenecian y podian pertenecer: y asimismo le condenamos en que sea real y actualmente degradado en las solemnidades requisitas y acostumbradas de derecho por un arzobispo ú obispo, cuyo nombramiento en nos reservamos; y que así degradado sea entregado al brazo seglar para que proceda en la causa como convenga é hallare por derecho. E asimismo le condenamos en perdimiento de todos sus bienes que en cualquiera manera tenga y le pertenezcan y podian pertenecer, aplicados para la cámara de S. M. y gastos de justicia y costas de este proceso, cuya tasacion en nos reservamos: y mandamos que esta nuestra sentencia sea llevada á pura y debida ejecucion con efecto, sin embargo de cualquiera apelacion que della se interponga por el dicho fray Miguel, por cuanto así conviene al servicio de Dios Nuestro Señor y de S. M. y á la buena administracion de justicia. Por esta nuestra sentencia definitiva así lo pronunciamos y mandamos.—*El doctor Juan de Llanos de Valdés.*

Concluida de leer la sentencia mandaron entrar á fray Miguel de los Santos en la sacristía mientras se preparaba lo necesario para la imponente ceremonia de la degradacion. La iglesia de san Martin iba entonces á presenciar una escena, que por lo poco frecuente creemos no desagradará á nuestros lectores conocerla con sus mas menudas circunstancias. El recinto estaba lleno de un inmenso gentio atraído por la novedad; en medio de la iglesia habia colocado un tablado bastante capaz, en el que estaba una credencia con las cosas necesarias para la ceremonia. El arzobispo Doristan estaba sentado en su silla con los ornamentos pontificales puesta la mitra, y el báculo en su mano derecha; en frente algo retirados á los lados del arzobispo estaban en pie el doctor Llanos, y el alcalde Canal; varios sacerdotes asistian al pontífice en sus respectivas funciones; un profundo silencio reinaba en todos los concurrentes. Fray Miguel salió de la sacristía con todos los ornamentos como si fuera á decir misa, llevando en sus manos el caliz con patena y demas, y acompañado de dos sacerdotes. Hecha inclinacion al altar mayor se dirigió al tablado, y luego que estuvo en él hincó ambas rodillas delante del arzobispo, el cual hizo señal para comenzar el acto de la degradacion. Los asitentes prepararon el caliz con vino y agua, colocaron la hostia sobre la patena y volvieron á entregárselo á fray Miguel, de cuyas manos lo quitó el arzobispo diciendo segun el pontifical romano: *te quitamos, ó mas bien manifestamos que has perdido la facultad de ofrecer á Dios sacrificio y celebrar misa, por vivos ni difuntos.*

En seguida tomando el cuchillo preparado en la credencia, raspó los dedos índices y pulgares, las palmas de las manos y la corona del fraile diciendo: *por esta rasura borramos en tí el poder de sacrificar, consagrar, y bendecir, que recibiste en la uncion de manos y dedos.*

Luego tomando la casulla por la parte de la espalda se la quitó diciendo: *con razon te despojamos de la vestidura sacerdotal, en la cual está significada la caridad, por que tú te has despojado de ella, y de toda inocencia.*

Finalmente el arzobispo le quitó la estola, pronunciando estas palabras: *torpemente has despreciado el signo del Señor representado en esta estola, por lo tanto te*

la quitamos, inhabilitándote para egercer todo lo que pertenece al ministerio sacerdotal.

A lo terrible é imponente de la ceremonia se unia esa cosa divina que acompaña á todas las augustas prácticas de nuestra santa religion; ese temor celestial, que solo puede sentirse y no esplicarse, se habia apoderado de todos; todos lloraban, todos estaban enternecidos, y las lágrimas que se desprendian de los ojos del venerable arzobispo aumentaban la magestad de la ceremonia. Concluida esta volvieron á fray Miguel á la sacristía, le despojaron de sus hábitos, y cubierto con un herreruelo negro muy viejo y raído, y un malsombrerillo en la mano, volvió á presentarse al público, cuyas lágrimas aumentó la compasion que causaba ver á un hombre de edad avanzada, descubierta su venerable calva, y que por tantos títulos habia merecido la estimacion de los hombres, reducido á tan triste y deplorable estado. Llegó hasta la puerta de la iglesia y el juez eclesiástico que era el doctor Juan de Llanos y Valdés lo entregó al juez secular el alcalde Canal, el cual en el mismo coche que le habian conducido lo volvió á la cárcel.

Luego que entró en ella notificáronle la sentencia del tribunal secular, por la cual se le condenaba á que fuese llevado publicamente por las calles de Madrid precedido del pregonero, el cual en voz alta publicase sus delitos, y llegado á la Plaza mayor fuese ahorcado hasta que muriese, cuya sentencia debia verificarse el dia 19, del mismo octubre, esto es, dos dias despues. Fray Miguel oyó su sentencia con mucha resignacion, y viendo que no le quedaban mas que dos dias de vida, trató de emplearlos en arreglar su alma, y disponerse para la muerte, á cuyo fin pidió le enviasen dos padres de san Francisco, con ellos se confesó, y ocupó en santas conversaciones, esperando con ánimo (al parecer tranquilo) su último y desastrado trance. Llegó por fin el dia señalado, otros dos padres de la compañía fueron por mandado del juez á confortarle y acompañarle por las calles como lo verificaron. Por la carrera fué con muchísimo recogimiento, fijos constantemente sus ojos en el crucifijo que llevaba en las manos, sin distraerse, ni interrumpir sus oraciones. Llegado al pie del patíbulo se arrodilló, y estuvo un largo rato en oracion, y lo mismo hicieron los sacerdotes que le acompañaban. Concluida la oracion dijo á los circunstantes con voz segura pero moderada: *la muerte que voy á sufrir la tengo muy merecida por mis culpas, y justamente me se da; pero la mayor parte de los delitos que se me imputan no los he cometido, al menos todos. Desde que don Felipe II tomó posesion del reino de Portugal, siempre le tuve por legitimo y verdadero rey, le amé y obedeci como á tal, pero Gabriel de Espinosa me engañó; y realmente creí que era el rey don Sebastian, pero lo de don Antonio es falso; y si otra cosa he dicho, me lo ha arrancado el insufrible dolor del tormento. Levantó los ojos al cielo y exclamó con fervor: Señor, os ofrezco el sacrificio de esta muerte afrentosa, recibidlo en descuento de mis pecados; y sin detenerse comenzó á subir la escalera. A la mitad de ella, se hallaba cuando llegó el notario de la causa, y de parte del S. M. le hizo algunas preguntas, que no pudieron entenderse, contestó segun se podia inferir por su semblante y ademanes con brio y entereza. Luego que se retiró el notario, fray Miguel acabó de subir la escalera, y luego que el verdugo le arregló los dogales, apretó contra sus labios el crucifijo, en cuyo devoto ósculo murió.*

Este fué el fin trágico de tan disparatada combinacion politica, que despues de dos siglos y medio parece mas bien un delirio que una conjuracion, pero el siglo de Felipe II fué el siglo de las combinaciones politicas mas raras y sorprendentes.

JOSÉ QUEVEDO.



CAPITULO I.

Miguel de Montaigne.

Después de las vicisitudes inherentes á los viajes, en una época en que estos se hacían sin ninguna clase de comodidad, Pedro Pablo desembarcó en Venecia, donde su primer cuidado fué buscar una casa cómoda, y en la cual había una vasta sala que transformó en obrador; empero antes de tomar sus pinceles y su paleta, consagró la primera semana de su estada en la ciudad, en estudiar las obras maestras del Ticiano, de Pablo Veroneso, y de los demás grandes pintores de que abundan las galerías y los palacios de la nobleza veneciana. Al ver tantos cuadros admirables se sintió inspirado, y lleno de entusiasmo, se encerró en su sala de estudio, á fin de copiar de memoria el estilo de cada uno de los artistas célebres cuyas obras acababa de admirar. Todas las mañanas al rayar el día iba á misa, y se volvía en se-

guida para sentarse delante de su caballete, que no abandonaba hasta el anochecer para dar un paseo en góndola.

Una mañana que trabajaba con aplicación en delinear un asunto tomado de la *Encida*, y que inflamaba su imaginación recitando en voz alta los versos de Virgilio, oyó girar dulcemente sobre sus goznes la puerta entornada de su habitación y vió, no sin sorpresa, dos ojos negros y vivos que le miraban. Se levantó, se dirigió á la puerta y halló á una persona desconocida como de cincuenta años de edad, y cuyos vestidos anunciaban un caballero de alto rango. Cuando este se quitó para saludarle su gorra de terciopelo negro, coronada de una cadena de oro, dejó ver un cráneo completamente calvo que cuadraba admirablemente á su fisonomía noble y distinguida.

—Perdonadme, signor, le dijo el desconocido avanzando hácia Rubens, perdonadme la indiscreción que cometo; pero os he oído recitar versos de Virgilio con

tanto entusiasmo que no he podido resistir á la tentación de venir á escucharos desde mas cerca. Si admitis mis excusas, no me quedará ya mas que felicitaros de mi indiscreción, añadiendo colocándose delante del cuadro que trazaba Rubens, puesto que me habrá proporcionado el honor de saludar á un caballero tan cumplido como vos y de admirar una obra tan notable como este bocado.

Y púsose á analizar el cuadro de Rubens á guisa de juez tan esperto, que el joven flamenco quedó tan sorprendido como encantado.

—Signor, añadió cuando acabó de examinar la pintura y hablando la lengua italiana, de que se había servido al entrar, en que ciudad de Italia habeis nacido? porque no conozco en vuestra manera de expresaros ni el acento de Mántua, ni el acento romano, ni la pronunciación veneciana.

—No soy italiano, respondió Rubens en español.

—Ah! comprendo: sois uno de los discípulos de esa gran escuela española, tan justamente ennoblecida con el sublime Murillo, el gran Zurbarán y el divino Morales.

—No soy español, interrumpió Petrus Paulus, que esta vez habló en francés.

—Segun eso sois un compatriota?

—No, señor, soy flamenco, replicó Rubens hablando al fin su lengua natal.

—Cáspita! exclamó Montaigne asombrado, y expresándose en lengua latina, bien se conoce que habeis recibido una educación esmerada y cumplida.

—Debo este beneficio á la ternura de mi madre, dijo Rubens en griego.

Montaigne no pudo contener su emoción y echándole los brazos al cuello, lo estrechó contra su corazón.

—Pardiez! ya he hallado á mi maestro. Pareceis todavía adolescente, y sin embargo habláis seis lenguas y pintáis como nadie sabe pintar en nuestros tiempos! A qué destino de gloria estais reservado, niño singular y sublime! Qué haceis en Venecia? Esta ciudad es ingrata para las artes, y no os dará ni riquezas, ni honores. Mañana parto para Mántua, donde el duque Vicente de Gonzaga me honra con su amistad. Dejad, pues, á Venecia; acompañadme; haremos el viaje juntos de una manera agradable, y en el palacio del príncipe hallareis una admirable galería de cuadros, donde podreis estudiar á vuestra satisfacción á Rafael Sanzio, Miguel Angelo, el Ticiano, el Tintoretto &c., y llegareis á ser, si ya no lo sois, el émulo y rival de todos estos grandes maestros.

—El archiduque Alberto me ha dado cartas de recomendación para el duque de Mántua.

—Pues bien, se las entregaremos juntos, porque Miguel de Montaigne no quiere separarse de vos, ya que ha tenido la dicha de trataros.

—Miguel de Montaigne, decid? replicó Rubens, el autor de los *Ensayos*! Por san Pedro y san Pablo, mis patronos! voy á disponer mi maleta y á partir con vos, porque sería temeraria locura decir *no á la fortuna, cuando me sonríe y me tiende su mano amiga*. (1)

—Partamos, pues, repitió Montaigne, encantado con esta cita de su libro hecha con tanta oportunidad; partamos y no volvamos á separarnos. Me siento dispuesto á amaros como á ese pobre La Boétie, «esa otra mitad de mi mismo, tan dulce y tan fecunda para mi felicidad y mi entendimiento.»

Segun habian resuelto la víspera, Montaigne y Rubens partieron en efecto el día siguiente para Mántua. Este último, como cumplía á su edad y á su fortuna, viajaba con un solo criado, mientras que Montaigne era seguido de un tren suntuoso y de muchos criados. No solamente

le acompañaba siempre un secretario para escribir los pensamientos y las sentencias que se le ocurrían á su jefe, sino tambien un pintor encargado de dibujar los monumentos y los paisajes dignos de atención que encontraban en el camino. Segun la costumbre de la época Miguel de Montaigne viajaba á caballo, pero le seguía una buena y cómoda litera, y cuando se sentía fatigado, echaba pie á tierra sin ceremonia y se acostaba con toda la comodidad que apetecía en su carruaje, dejando al impetuoso Rubens la gloria de no dejar jamás la silla, ni las espuelas.

—En vuestra edad, decía, yo hubiera hecho otro tanto; pero en la mía, no es afrenta confesarse vencido por la fatiga, y descansar y dormir cuando el capricho ó la necesidad nos acometen.

Y en efecto él se mimaba, regalaba y refocilaba como un sibarita con las caricias del bienestar y con las deliciosas voluptuosidades del cuerpo.

El día mismo de su llegada á Mántua, Miguel de Montaigne quiso conducir á la corte del duque al joven pintor, que despues de haberse engalanado con un rico vestido que realzaba su buena figura, siguió á su compañero á quien el príncipe Vicente de Gonzaga recibió con los brazos abiertos y como á un antiguo y querido amigo.

—Cuánto tiempo hace, señor de Montaigne, que no tengo el gusto de abrazaros! bendigo á Dios porque hoy me concede tan alegre y buena sorpresa.

—Monseñor, replicó Montaigne, he venido expresamente de Francia para tener este honor y esta alegría; pero la acogida que recibo de V. A. sobrepuja mis esperanzas. Así que quiero mostraros mi agradecimiento por medio de un don que os agrada cuando hayais podido apreciar su mérito; tengo, pues, la satisfacción de presentaros á este joven pintor flamenco, el maestro Pietro Paolo Rubens, destinado á ser un día uno de los mas célebres artistas del mundo y para el cual me atrevo á pedir á V. A. el título de pintor de cámara.

—Lejos de rehusaros, señor de Montaigne, lo que me pedis, debo agradeceros la ocasión que me presentais de conocer á tan buen pintor, y desde hoy el maestro Rubens será mi pintor predilecto.

—Y yo pido que se ponga á trabajar ahora mismo. Mandad que le traigan pinceles, un lienzo y un caballete.

El príncipe hizo señas de que obedeciesen á Montaigne, y Rubens sin falsa vergüenza, pero con modestia, bosquejó en dos horas un magnífico retrato del príncipe Vicente de Gonzaga. Montaigne, con esa encantadora puerilidad que tanta gracia daba á su talento y á sus modales, iba y venía detras del pintor, vigilando para que nadie pudiese ver la pintura comenzada, y aun impidió hasta dos veces al duque que mirase en que punto se hallaba la obra de Rubens. Cuando esta se encontró en buen estado, cuando la cabeza principió á adquirir una gran semejanza, á pesar de la precipitación con que Rubens la ejecutaba, se levantó el príncipe, detuvo el brazo del pintor y permitió á los curiosos, que se acercasen tambien para mirar... Un grito de admiración se escapó de los labios del duque de Mántua; en seguida se puso á contemplar largo rato y guardando el mas profundo silencio tan magnífica obra, hasta que tomando al fin el brazo de Rubens:

—Jóven, le dijo, no abandonareis la Italia! Quiero que vuestra gloria le pertenezca para siempre. Fijad vuestra residencia en este país, y no os separéis jamás de mi lado. Sino sois gentil-hombre, yo os concedo el título; y si quereis riquezas, yo os colmaré de ellas. Habitareis mi palacio, mi mesa será la vuestra, y os amaré como amo á Miguel de Montaigne.

Todos los cortesanos aplaudieron, y Miguel de Montaigne mas que todos; Rubens enjugó una lágrima que corría por su mejilla, lágrima de felicidad, lágrima de alegría, lágrima de entusiasmo y de gloria!

(1) Ensayos de Montaigne l. XIV

—Monseñor, respondió, tantas felicidades juntas me enagenan de gozo y me colman de honor! Pero estas cartas de monseñor el duque Alberto os manifestarán que le pertenezco, que de su orden he venido á Italia y que debo volver al lado de mi bienhechor apenas termine mis estudios.

—Escribiré al duque Alberto; le suplicaré que como una prueba de amistad me conceda el permiso para que fijeis vuestra residencia en Mántua, y adquirais carta de naturaleza en Italia.

—Monseñor, no sé como pagaros tantas mercedes, pero no puedo aceptarlas... porque no podría renunciar la esperanza de volver al lado de mi madre.

—Haremos que venga á Mántua.

—Y mi patria, monseñor, la hareis venir tambien á Mántua? mi querida y noble Flandes! La casa de Colonia donde he abierto los ojos y en la cual murió mi padre bendiciéndome! La iglesia donde reposan sus huesos! todo vendrá á reunirse conmigo aquí? No, monseñor, dejadme en libertad de volver un día á mi cara y hermosa Flandes. Si me están reservados algun talento y alguna nombradía, no debo por estos dones un tributo á mi patria y á mi príncipe? Vivir y morir lejos de mi Flandes, sería una existencia fatal é insoportable!

—Tiene razon, dijo Montaigne conmovido; la patria es el amor de las almas grandes.

—Pues bien, replicó el duque de Mántua suspirando, cedo aunque con pesar; pero os prevengo que no recordareis vuestra libertad sino dentro de un año y despues que hayais llenado mi galeria con vuestras obras.

Rubens hincó una rodilla en tierra y besó respetuosamente la mano que le presentaba el duque. Este lo levantó, se asió del brazo del jóven pintor y atrayendo á Montaigne hácia ellos, exclamó:

—Dichosos los príncipes que cuentan semejantes hombres entre sus súbditos!

—Dichosos los súbditos que tienen tales príncipes como vos!, replicó Montaigne.

Presentado bajo semejantes auspicios en la corte de Mántua, facilmente se comprende que el crédito de

Rubens no haria mas que tomar mayor incremento, principalmente desde que se hicieron públicas su irreprehensible conducta y su decidida afición al trabajo, pues en lugar de lanzarse con ardor en medio de las brillantes fiestas que Vicente de Gonzaga prodigaba en su corte, en lugar de trocar la vida laboriosa y severa que habia pasado en Flandes por otra de disipacion y de placer, no salia de su obrador sino para ir á estudiar las bellas obras de los grandes maestros de la Italia, y á pesar de las invitaciones que recibia de todas partes, no admitia en su casa á nadie mas que á Montaigne quien pasaba la mayor parte del día al lado del artista. Mientras este pintaba, le leia algunos trozos de los autores de la antigüedad, ó bien se entregaba con él á conversaciones amenas é instructivas y á esas disertaciones finas y profundas cuyo secreto él solo poseia. Tan pronto le hablaba de sus viajes y de las curiosidades que habia visto en ellos, como le contaba las aventuras de su juventud, y la buena y sólida educacion que debia á la ternura y á la inteligencia de su padre.

—Yo he nacido en el Perigordo, le decia, en el castigo de Montaigne, en una hermosa y serena noche de invierno del 28 de febrero de 1535. Mi padre, oriundo de Inglaterra, tiene por nombre de familia el de Ryghem, y por armas un escudo azul sembrado de treboladas de oro, con un leon rapante en campo gules. Este padre, honrado y fiel escudero que habia servido en las guerras ultramontanas no quiso que me educase en las frivolidades de las mugeres y en las bajezas de los lacayos, y me dió por padrinos á un honrado matrimonio que vivia de la labranza, á fin de que me criase con toda la libertad y holgura que los demas niños de la aldea. Asi es que desde la edad de tres años se me veia tostado por el sol y con un pedazo de pan negro en la mano, recorrer los prados y los montes sin temer á los perros ni á los lobos. Trepaba por las rocas para coger nidos de pájaros; no aguantaba á ninguno de mis compañeros ni una chanza pesada, ni un pescozon, pareciendo, segun mi estatura, mi fuerza y mi comprension, que tenia tres años mas. El único refinamiento que quiso dar mi



La Montaigne.

padre á mi educacion de campesino, consistia en la precaucion que habia tomado de colocar á mi lado un hombre pobre, pero profundo en el griego y el latin, y que nacido ademas en Alemania, me adiestraba sin cesar indiferentemente en estos tres idiomas, pues no sabia el una palabra del francés. Sin embargo, el latin se llevaba la preferencia sobre los otros dos, por la aficion que mi padre tenia á Tácito y Virgilio. Hasta mi misma madre siempre que venia á verme, no me hablaba sino por medio de palabras latinas, que tartamudeaba mas bien que pronunciaba, pues tal habia sido el encargo que habia recibido de su marido. En fin, cuando á la edad de seis años volví al castillo, no sin llorar y echar de menos mi vida campesina, todos los criados recibieron la orden ó de callarse delante de mí ó de aprender las palabras latinas necesarias para hablarme. Latinizamos tanto, que nuestro idioma se propagó hasta las aldeas, quedando como proverbios muchas voces latinas que todavía subsisten.

En cuanto al alemán, al italiano y al griego, los estudiaba por arte, pero bajo la forma de debates y ejercicios, y nos acostumbramos á declinar á la manera de los que por medio del juego del ajedrez ú otros parecidos aprenden la aritmética y la geometría; de esta suerte me aficionaba á la ciencia por mi propio deseo y sin forzar mi voluntad. Era tal el esmero conque mi padre dirigia mi educacion, que para no turbar mi cerebro todavía tierno arrancándolo con violencia del sueño profundo, ordinario en los niños, me despertaba no de pronto y bruscamente, sino con la música agradable y recreativa de un bandolin que principiaba á tocar muy suavemente y por grados iba aumentando el sonido hasta producir uno mas fuerte y agudo. Por lo demas, mis alimentos en el castillo continuaban siendo los mismos que en el campo; no comia sino pan de centeno, carnes asadas pero sin condimento ninguno y jamas humedeci mis labios en un vaso de vino. Las golosinas de dulce me estaban absolutamente prohibidas, de lo que poco ó nada me curaba, porque preferia un buen pedazo de queso y un vaso de agua límpida y fresca.

Entre tanto mis maestros no tenian ya nada que poder enseñarme y habian vaciado para mí el fondo de su saco. Entonces resolvió mi padre, aunque á pesar suyo, continuar en lo sucesivo mi educacion conforme á la regla comun y á la vida ordinaria, y me envié, cuando cumplí siete años, á un colegio de Burdeos, donde fué grande la sorpresa y general el asombro cuando vieron á un niño de tan tierna edad entrar de rondon en las primeras clases y distinguirse en ellas por su saber y su aplicacion al trabajo. Pronto me capté el afecto de mis maestros, entre los cuales se contaban los mas célebres sábios de la época y del país: Nicolás Grouchy, Guillermo Guarente, Buchanan y Muret. Cuando en el colegio representábamos tragedias latinas, me encargaban siempre los principales papeles, y á decir verdad, me agradaban mucho esta clase de distracciones que me eran mas provechosas que todas esas pedanterias escolásticas que me enseñaban solamente las derivaciones nominales de la virtud. Así es que me desquitaba grandemente de esta aridez leyendo á hurtadillas las *Metamorfosis de Ovidio* y el *Arte de Amar*, que debo confesar apenas entendía y que no tenia para mí otro atractivo que el de la prohibicion. En este estado salí del colegio, y mi padre me hizo viajar por Italia, donde conocí al duque de Mantua, que entonces no era mas que un simple caballero como yo, joven, atrevido y que se llamaba lisa y llanamente Vicente de Gonzaga. Pronto contrajimos una estrecha amistad, y ya veis que nada han podido el tiempo y las grandezas contra aquella ternura de nuestra adolescencia.

—Vuestra educacion, dijo Rubens, me recuerda la solicitud é inteligente prevision de mi padre, que me ha

hecho aprender de la misma manera que el vuestro las lenguas latina, española, griega y francesa.

—A mi regreso de Italia, por los años de 1534, fui honrado con el cargo de consejero cuyas funciones desempeñé hasta la muerte de mi hermano mayor, en que, cansado ya del enojoso oficio de juez, dejé la toga, no sin haber conseguido durante el tiempo que ejercí este cargo, que en toda la provincia de Gascuña, se usase de la lengua francesa y no del latin para la redaccion de los actos judiciales, porque bueno era que la justicia, de suyo ya tan embrollada, hablase por lo menos la lengua vulgar. Hubiérame holgado de hacer otras mejoras, pero la rutina judicial es cien veces mas incurable que la mas tenaz enfermedad, y esto mas que nada me obligó á renunciar el oficio. Una vez libre y dueño de mi fortuna y de mi tiempo, pasé á París, donde el rey Enrique II me mostró la mas cordial benevolencia, y como prueba de su afecto me concedió el cordon de san Miguel; pero lo que estimé mas que esta distincion, que despues ha llegado á ser casi despreciable, por lo mucho que se ha generalizado, fué las relaciones que contraje con los Sres. Pasquier, Pibrac, Pablo de Foix, y Miguel del Hospital, con quienes trabé íntima amistad, sin contar á mi noble y generoso Esteban de la Beotie. Antes de conocernos, nos estimábamos Esteban y yo, y desde que nos conocimos, nos amamos. La Beotie en su juventud habia compuesto un tratado de la *Servidumbre voluntaria*; yo habia leído este libro, y reconociendo en él sentimientos análogos á los míos y que anunciaban un alma modelada por el patron de los héroes antiguos, habia deseado siempre ver á este amigo desconocido. Le escribí, me contestó, y siete años despues, nos encontramos en una sociedad, y desde entonces nos hicimos amigos inseparables; todo fué ya comun entre nosotros, y si hubiera tenido que explicar esta ternura y sus causas, me hubiera visto muy apurado para hacerlo. Mas ¡ay! nueve años despues, vino la muerte á romper este hermoso vinculo, y ahora no hay dicha que no me parezca amarga, porque como todo lo partíamos á medias, se me figura que le robó su parte.

Montaigne enjugó furtivamente una lágrima, y tratando de reprimir su emocion, se puso á hablar de esta suerte:

Madama Margarita de Francia me honró con su estimacion y confianza, asi como madama Juana de Foix, y ambas me hicieron contraer un matrimonio bueno y ventajoso con una muger juiciosa y dotada de raras virtudes, de quien no he recibido sino motivos de elogio y gratitud desde el día de mis bodas hasta este momento. La muerte me arrebató en la flor de su edad una hija que amaba entrañablemente y por muchos años sentí un vacío inmenso en mi corazon; pero el tiempo mitiga, sino cura, todos los dolores, y yo concluí por no pensar ya en mi desgracia sino con melancolia, pero sin desesperacion. Otro golpe mas rudo y mas funesto todavía, si es posible, me reservaba el destino. Pocos años despues perdí á mi padre. ¡Oh! bien sabeis, Rubens, que la muerte de un padre es una desgracia espantosa que no puede compararse con ninguna otra. Por espacio de mas de un año entero no pude resolverme á abandonar la casa mortuoria y volver á la corte, porque no me sentia con fuerzas para separarme de los lugares, de los muebles y de los libros que me recordaban á este padre idolatrado, y tenia por gran consuelo llevar su misma capa, cuando montaba á caballo.

Regresé al fin á París en ocasion en que ocurrieron las escenas sangrientas del día de san Bartolomé, escenas, que, os confieso, me curaron de la corte y de París. Desde entonces vivo aislado, ageno á los partidos y adicto al rey con un afecto legitimo, sin que me mueva á ello el orgullo, ni ningun interés privado. Vuelto á mi castillo, me dió el capricho de escribir algunos pensa-

mientos, segun se me ocurrian, y que debia á los estudios de mi juventud y á la experiencia de mi vida. Entonces escribí, imprimí y publiqué la primera parte de los *Ensayos*, y no fué poca mi sorpresa, cuando vi el gran éxito que obtuvo mi obra, de cuyo mérito no estaba muy satisfecho, y vos que la habeis leído, podeis decir si era ó no fundada mi desconfianza.

Esa obra es mi libro favorito, aun que no apruebo, ni participo de su duda perpétua. He tenido demasiada necesidad de creer para no creer.

Montaigne se sonrió.

—Dejemos al libro por el hombre, replicó. Cansado de la soledad, como me habia cansado de la corte, resolví viajar y volver viejo á esta Italia, donde habia pasado los mejores años de mi juventud. Ya sabeis el resto de este viage y su feliz resultado, puesto que le debo haberos hallado y conocido.

—A mí me toca dar las gracias á este viage, replicó Rubens, porque en esta corte algo frívola, sin vuestra compañía, hubiera vivido aislado y lleno de tedio. Sin embargo, debo confesaros que aprecio al principe, no por su rango y por la proteccion que le debo, sino por su carácter honrado y por las dotes de su talento. Quisiera amar al hombre, sino respetase al principe.

En este instante se abrió la puerta y apareció Vicente de Gonzaga.

—Algunas veces conviene ponerse á escuchar detras de las puertas, dijo, gracias, mi joven pintor; olvidad, pues, que soy el principe y amad al caballero. Por lo demas yo vengo á daros una prueba de la amistad que os profeso, y que os pido pagueis con la vuestra. Dos misiones tengo que confiaros, porque he observado en vos no menos habilidad y discrecion que talento. Escuchad. Trátase en primer lugar de que marcheis á la corte del principe de Ferrara, mi amado cuñado, y le ofrezcais de mi parte el hermoso cuadro de *Acteon* que acabais de pintar y que pensaba haber reservado para mí, si noticioso Alfonso de vuestra fama, no me hubiera escrito encargándome que os comprase un cuadro para él, y para no demorarle esta satisfaccion quiero regalarle el mío y

confiaros este mensaje, á fin de que pueda tener el gusto de recibir á un tiempo la obra y al autor.

—Y yo os acompañaré en este viage, dijo Montaigne. Partiremos juntos á Ferrara, porque ya no quiero separarme de vos.

—En ese caso, señor de Montaigne, puesto que cometeis infidelidad á nuestra antigua amistad en favor de este joven recién venido, disponéos á volver pronto de Ferrara y partir para la España; porque pienso enviar á Felipe III una magnífica carroza con un tiro de siete caballos napolitanos, y quiero confiar á Rubens esta comision. Ya conocereis que si me decido á separarlo por algun tiempo de sus tareas artisticas, no es solamente con la intencion de darle un honor tan estéril, como es el de llevar estos presentes. No, á fé mia! Pero me es necesario cerca del rey de España y de su ministro, el duque de Lerma, un amigo diestro, hábil, experimentado, que disipe las prevenciones desfavorables que mis enemigos han hecho concebir de mí en aquella corte; y sin embargo no quiero una justificacion indigna de mi rango y de mi carácter. Nadie me ha parecido mas apropiado para llenar esta mision como nuestro querido Pietro Paolo, y así vengo á suplicarle se encargue de ella, como una prueba de su afecto á mi persona. Por lo demas estoy seguro que la desempeñará con honor y gloria.

Facil es presumir el contento de Rubens al verse honrado con la confianza del principe de Mantua y con una mision que hubieran envidiado los mas poderosos señores de la corte, si bien es menester decir que Vicente de Gonzaga, al conferir tan delicada y honorífica comision á Rubens, daba una nueva prueba de esa hábil politica que le distinguía entre todos los principes de Italia, porque conocía que nadie podía servir mejor su causa cerca del rey de España, que un joven que desde el primer golpe de vista cautivaba los corazones con su hermosura, y cuya elocuencia era sin igual y los modales los mas delicados del mundo. Leal, incapaz de mentir, serviría al que le enviaba con el calor de la conviccion, y de este modo solo podía asegurarse el acierto.

Ocho dias despues de esta entrevista, fué recibido



Vista del castillo de Ferrara.

Rubens en audiencia pública y solemne por el príncipe de Mantua, y en seguida partió para Ferrara con una numerosa comitiva de pages y lacayos que llevaban la librea del príncipe á quien él representaba. Un historiador de la época ha conservado la lista de los que componían la servidumbre del joven embajador y enumera hasta veinte y dos personas.

Montaigne acompañó en este viaje á Rubens, y ambos llegaron á Ferrara con gran pompa y esperados por el príncipe Adolfo que envió uno de los oficiales de su casa para recibirlos y arengarlos.

CAPITULO II.

Torcuato Tasso.

El recibimiento que Rubens tuvo en Ferrara fué digno del enviado del príncipe de Mantua y del célebre pintor, de quien principiaba á ocuparse la Italia entera, tan aficionada entonces al arte, á la poesía y á la pintura. Miguel de Montaigne no se vió despreciado en medio de los honores que tributaban á su joven compañero; sin embargo, á pesar de la inmensa reputación que debía á los *Ensayos*, como él mismo decía, chanceándose y sin envidia, se asemejaba mucho á una estrella colocada demasiado cerca del sol y se hallaba un poco eclipsado. Consolábase de esto con la amistad que á Rubens profesaba, y mucho mas con la reflexión de que un pintor debía hacer mas impresion en las masas que un escritor, por que habla á los ojos, mientras que el segundo no habla mas que al entendimiento. Pero Rubens, fiel á su amor por el trabajo, supo sustraerse sin afectación, á la mayor parte de las fiestas y placeres que querían prodigarle; desde el día siguiente de su llegada, después de haber empleado la mitad del día en pintar, salió de su casa con Montaigne con objeto de ir á estudiar los cuadros preciosos de que abundaba Ferrara. La noche los sorprendió á los dos en esta ocupación, y ya se disponían á volver á su casa para vestirse con el traje de corte á fin de concurrir á un baile que daba el duque Alfonso, casado en segundas nupcias con Margarita, hermana de Vicente de Gonzaga, cuando oyeron de repente gritos extraños que hicieron estremecer á Rubens.

—No es nada, dijo con indiferencia uno de los criados que los acompañaban, esos gritos salen del hospital de los locos.

La locura! jamás esta palabra espantosa se había presentado á la imaginación de Rubens, que se aproximó, visiblemente conmovido, á su compañero, y en seguida sonriéndose de su terror:

—Vamos, dijo, semejantes debilidades no pueden convenir á un hombre que ha consagrado su vida al arte. Entremos, pues, en este hospital. Y á pesar de la visible repugnancia de Montaigne, que en su elegante egoísmo gustaba poco de esponerse á penosas emociones, penetraron en esta mansión, triste como el infierno, y en la cual había lágrimas y rechinamientos de dientes. Ni el mismo Dante hubiera concebido jamás nada mas espantoso, pues no se veía allí otra cosa sino pesadas cadenas de hierro, calabozos, desgraciados medio desnudos tendidos sobre la paja y encerrados allí, sin esperanzas de curación, ni se oía mas que zurriagazos y terribles ahullidos. Después de una corta visita en este pandemonio de dolores, se disponían á salir con el corazón traspasado de dolor y la cabeza atormentada, cuando al atravesar la última sala, uno de aquellos desgraciados se escapa de pronto de entre los brazos de sus guardianes que querían sujetarlo, y corrió hacia los extranjeros para pedirles protección. Pero apenas los hubo visto, cuando se detuvo de pronto, se echó á los pies de Petrus Paulus, se llevó las manos á la frente como para recoger sus ideas y exclamó:

—Rubens! Rubens!

Figúrese el lector cual sería el asombro del pintor al oírse nombrar por aquel loco, que se levantó, se agarró al joven flamenco y continuó:

—Protejedme! arrancadme de este sitio, por que voy á morir en él, por que en él me voy á volver loco, porque acaso lo estoy ya. Me persiguen con tal encarnizamiento y con tan ingeniosa aversión..... hasta se ponen de acuerdo con el demonio para esto. Por la noche un espectro, un hijo del abismo viene á atormentarme, me acosa, me persigue sin tregua, no me deja descansar ni dormir. Si la compasión de algun cristiano que entra en esta cloaca me deja dinero para comprar un pedazo de pan, él me lo quita! Si cómo, él echa á perder y amarga mi alimento! Si trabajo, su mano invisible me trastorna los papeles y me estropea las plumas..... Rumores sordos, apariciones nocturnas, sonidos de campanillas y relojes me despiertan sobresaltado y me llenan de espanto. Ya no puedo mas! Yo sucumbo, siento malos todos mis miembros, y la calentura no me deja fuerzas para quejarme. Saltan chispas de mis ojos, horribles silbidos destruyen mis oídos, me he creído atacado de epilepsia, y á no ser por un milagro, temía perder la vista... Si, la virgen Maria baja del cielo, la gloriosa virgen Maria viene á mí con su divino hijo en brazos, y rodeada de una aureola, de un cerco resplandeciente con los mas vivos colores. Ahora mismo, cuando entrásteis aun estaba á mi lado; me señaló con su dedo celestial la madona de plata que lleváis en el pecho y que yo di hace mucho tiempo á Rubens en Colonia: después desapareció. Yo quise correr á vos; pero me detuvieron mis verdugos.

Escuchaba Rubens con terror y no podía creer lo que estaba oyendo.

—Pero, exclamó, Torcuato Tasso fué el que dió á mi padre esa madona de plata, á mi padre que le debía la vida.

—Yo soy Torcuato Tasso, contestó el infeliz en voz baja.

Y como Rubens y Montaigne mirasen en torno llenos de duda y de angustia para saber si era verdad, los loqueros replicaron:

—Este loco es Torcuato Tasso.

Quisieron ellos cogerle y llevarse, pero Rubens se arrojó entre aquellos miserables y su preso.

—En nombre de mi señor el príncipe de Mantua no toqueis á ese hombre, dijo estendiendo la mano sobre él como para protegerle; si Ferrara no tiene mas que un infame hospicio para Torcuato Tasso, Mantua y Flandes le ofrecen un asilo y cuidados que le alivien de todo el mal que le habeis hecho. Qué vergüenza, qué baldon para vuestra Ferrara, que paga con la persecucion y con la cárcel tanta gloria como le ha prodigado el gran poeta!

Entre tanto Torcuato Tasso de rodillas junto á Rubens le escuchaba con una alegría llena de sorpresa diciéndole en voz baja:

—No me abandoneis, en nombre de vuestro padre, en nombre de la virgen santa cuya efigie lleváis al pecho, no me abandoneis! Hay horribles momentos en que me pregunto terrorizado si he perdido la razón; pero ellos la matarán pronto y del todo, si continúo aquí mucho tiempo. El director de este hospital es un poeta, un poeta que hace detestables versos y que, indigno discípulo del Ariosto, me hace espiar con sus persecuciones la superioridad de mis versos sobre los suyos, y la gloria de haber dado un rival á quien él llama su maestro. El bárbaro.... me quita el papel que yo consigo proporcionarme, quema las estancias que escribo, me deja sin luz de noche, y días pasados hizo que me pegasen... Pegar á Torcuato Tasso! Porque en un momento de alegría desesperada hice un soneto pidiendo á un gato que me prestase la verdosa luz de sus ojos para que me serviese de linterna! No me abandoneis, porque todo el mundo me abandona! Ni el empe-

rador Rodolfo, ni el cardenal Alberto de Austria, ni el mismo cardenal Cynthio contestan á mis diarias cartas. Quizás no dejan que lleguen á sus manos. Tened lástima de mí! Ay! si supiérais cuánto la merezco! Tenia yo el proyecto de escribir dos poemas épicos, cuyos asuntos eran tan nobles como interesantes, cuatro tragedias, cuyo plan habia trazado ya, y varias obras en prosa sobre cuestiones muy importantes á la felicidad del género humano. Me proponia hermanar la elocuencia con la filosofía, y esperaba dejar tras de mí una memoria inmortal. Ahora, he renunciado á todo pensamiento de gloria bajo el peso de tanto infortunio. Me daría por contento con poder apagar la sed que me devora! Que no pueda yo ser de condicion humilde para vivir libre en un oscuro rincón! No recobraría en él mi salud que he perdido sin remedio, pero pasaría el resto de mi vida sin angustias, con honor y sin que me ultrajaran. Si los hombres me negasen su auxilio, yo invocaría las leyes de la naturaleza; iría con los animales á las orillas de las fuentes y los rios para apagar libremente la sed que me consume. No me asusta la intensidad de los padecimientos, pero calculo su duracion con espanto, y esto basta para incapacitarme de pensar y de escribir. La idea de una cautividad sin término y la indignacion del mal trato que sufro no pueden menos de aumentar mi tristeza. La suciedad de mi barba, de mis cabellos y de mi vestido me hacen un objeto asqueroso á mis propios ojos. La soledad á que estoy condenado es mi mas mortal enemiga; huía yo de ella hasta en el seno de la felicidad....

—Nada temais, dijo Rubens, estais en libertad, porque no me separaré de vos hasta que no salgais de este lugar de desolacion.

—Me parece mas prudente, objetó Montaigne, confiar á mi cuidado al señor Torcuato Tasso, y que os dirijais inmediatamente á la corte del principe Alfonso para alcanzar de él la orden de poner en libertad.... al amigo y salvador de vuestro padre, añadió, recalando estas últimas palabras. En seguida separó á un lado á Rubens.

Conviene, le dijo, que si es posible no nombreis al prisionero cuya libertad solicitais. Torcuato amaba á la hermana del duque Alfonso, á la princesa Leonor, de quien era amado. He aqui los verdaderos motivos de tanta crueldad y odio. Manejáos con astucia en este asunto, y apresuráos antes que alguno prevenga al principe. Voy á dar las órdenes necesarias para el viage secreto de nuestro amigo: una vez que se halle fuera de Ferrara y en seguridad, el duque no se atreverá á hacer mas ruido; y hasta fingirá que aprueba nuestra idea. Lo conozco muy bien; ningun italiano es mas amigo que él de la traicion, ni mas vengativo, pero ninguno tampoco es mas humilde en la derrota.

Rubens comprendió maravillosamente la finura y prudencia de las recomendaciones de Montaigne. Partió sin demora á hablar al duque Alfonso; con la mirada serena, el aire tranquilo y casi indiferente, le pidió la libertad de un enfermo del hospital de los locos, íntimo amigo de su difunto padre, y el principe firmó sin desconfianza la orden para que dejaran salir á la persona que designase el pintor del duque de Mantua. El jóven flamenco volvió lleno de alegría al hospital y sacó de él inmediatamente á Torcuato Tasso que no se atrevia á creer en su felicidad y se le figuraba que estaba soñando.

Montaigne echó sobre los hombros de Torcuato su capa, á fin de ocultar á las miradas de los transeúntes los andrajos de que estaba cubierto, y lo conducian á su casa cuando el poeta, pasando por delante de una iglesia, suplicó á sus compañeros que le permitiesen entrar á dar gracias al pie de los altares por la libertad milagrosa que acababa de recobrar. Quisieron impedir-

selo, pero insistió con tanto ahinco y les habló con tanta vehemencia de la Virgen que le mandaba orar, que temieron una crisis de locura y cedieron. Torcuato se arrodilló con trabajo, oró con fervor, y al levantarse para seguir á sus amigos, reparó en una piedra sepulcral que parecia recientemente colocada: lanzó un grito y cayó sin conocimiento: en aquella piedra fúnebre se leia grabado el nombre de LEONOR DE ESTE.

—Apartémosle de este sitio! exclamó Montaigne. Esta tumba, Rubens, es la de la muger por quien experimentaba esa malhadada pasion que ha causado todas sus desgracias y pesares. Tambien su amada ha sucumbido hace seis meses á los dolores de su amor sin esperanza! Vamos, apresurémonos á separar á Torcuato de estos lugares.

Y lo condujeron, ó mas bien lo arrastraron á su casa, á donde felizmente pudieron llegar sin obstáculo, favorecidos por la noche que habia sobrevenido, pero mucho trabajo les costó volverlo á la vida.

—Ella no existe ya, exclamó cuando pudo desahogar por medio de sus lágrimas y sollozos la desesperacion que le oprimia, ya no existe! Oh! dejadme morir! Qué quereis que llegue á ser mi vida sin ella! Ahora comprendo porque la Virgen santísima ha bajado del cielo para consolarme.... Ya no existe! ya no existe! Dios mio, dejadme morir! unidme á Leonor!

Jamás se vió una desesperacion igual, ni hubo jamás dolor que estallase de una manera tan violenta. Sin embargo era preciso partir, era preciso sacar al desgraciado Tasso fuera de Ferrara, ó resolverse á entregarlo de nuevo á sus perseguidores. Montaigne conoció que de nada servian los consuelos en esta circunstancia, asi es que preparó una pocion soporífica con una habilidad digna de un quimico, (sabido es que se le alcanzaba algo de esta ciencia,) y logró que la bebiere Torcuato, que pronto cayó en un sueño letárgico. En seguida, confiándolo á la celosa vigilancia de un criado fiel é inteligente, le encargó que buscase un coche con buen tiro de caballos, y que inmediatamente tomase el camino de Mantua. Dejó ademas instrucciones minuciosas sobre los cuidados que debian prodigarse al enfermo, y se dirigió con Rubens á la corte del duque de Ferrara. Ya se habia divulgado la noticia de la libertad de Torcuato, y el principe que acababa de saberla en el momento que Montaigne y su jóven amigo entraban en el palacio, se adelantó hácia ellos pálido de cólera, cogió á Rubens por el brazo y llevándolo á un sitio apartado:

—Qué habeis hecho? qué habeis hecho de él? preguntó montado en cólera.

—Monseñor, respondió Rubens con la mayor calma y bajando la voz, como para dar á entender al principe que la habia alzado imprudentemente demasiado, monseñor, se halla libre, fuera de Ferrara y bajo la proteccion de mi señor, S. A. el duque de Mantua.

—Vicente me volverá mi prisionero!

—El duque de Mantua no entrega á nadie que se acoge bajo su proteccion.

—No sabeis que ese miserable habia osado poner los ojos en mi hermana? y quereis que deje impune semejante baldon?

—Vuestra cólera y vuestra venganza dirán á la Europa entera lo que quereis tener oculto. Creedme, monseñor, no os entregueis á transportes injustos, cuyos resultados menos funestos serian turbar la paz de una tumba.

Alfonso miró á Rubens poniéndose pálido y principió á pasearse aceleradamente por la estancia, y volviéndose de pronto hácia Rubens con la sonrisa en los labios, sereno el rostro y con la expresion de la benevolencia en todas sus facciones:

—Señor caballero, dijo en voz alta, como si hubiese contestado á una peticion de Rubens, yo no puedo negar nada á la amistad de mi caro hermano S. A. el duque de Mantua, sobre todo cuando me dirige sus peticiones por

medio del joven y célebre pintor, á cuyo talento debo el admirable cuadro que tengo á la vista. A vuestras instancias y á las de Vicente, otorgo la libertad de ese pobre enfermo que llaman Torcuato Tasso. Los médicos han declarado que el cambio de aires y de pais podrian volverle la razon, y nadie mas que yo se interesa en la salud del poeta cuyos versos han encantado á la casa de Este. Mañana partireis con él y el señor de Montaigne, añadió, ya que absolutamente estais resuelto á dejar nuestra corte. Mucho siento que mi hermano os llame tan pronto; pero sé que piensa enviarnos á España con una mision importante. Partid, pues, y no olvideis que dejais en mi corte admiradores y amigos.

Montaigne y Rubens hicieron una profunda reverencia. Al levantar la cabeza encontraron la mirada de vibora de Alfonso fija sobre ellos, llena de veneno y de odio. Montaigne no pudo menos de estremecerse.

Despues cuando se retiraron y se vieron fuera del palacio;

— Petrus Paulus, dijo el filósofo al pintor, voy á ponerme una cota de malla y ver si mis armas están en buen estado para defenderme del puñal de los *bravi*. Además os confieso que no dormiré, beberé, ni comeré, mientras me halle en este reino, por que he visto reflejado el asesinato en las miradas traidoras del duque Alfonso.

— Mañana al amanecer partiremos, replicó Rubens sonriendo; pero por lo que á mí hace, os declaro que pienso cenar, y sobre todo dormir, añadió bostezando.

— Dios y la Virgen santísima os protejan! replicó Montaigne. Cenaré, pues, y dormiré lo mismo que vos; pero de buena gana daria quinientos escudos de oro por hallarme ahora mismo fuera de Italia, pues os confieso que me parece imposible que pueda respirar y vivir tranquilo, hasta que no me vea en la castellanía de Montaigne.

CAPITULO III.

El triunfo.

El honrado y antiguo doméstico á cuya vigilancia y celo habian confiado Montaigne y Rubens á Torcuato Tasso, se habia mostrado digno de esta mision; gracias á la celeridad de su marcha, llegó á Mantua mas de un dia antes que sus amos, sin descuidar sin embargo ninguna de las atenciones que exijia el estado del pobre enfermo, que desde que habia sabido la muerte de Leonor de Este permanecia sumergido en un abatimiento profundo, sin proferir una palabra, sin levantar los ojos y sin reparar en los que le rodeaban, ni en los lugares á donde le conducian. Asi fué como llegó á Mantua: hospedado en la casa de Rubens, rodeado de cuidados afectuosos, ni aun parecia comprender el cambio sobrevenido en su destino. Cuando Rubens y Montaigne, tan pronto como se apearon del carruaje, se apresuraron á acudir á su lado, lo hallaron todavia en este estado. En vano Pietro Paolo, para escitar en él alguna sensibilidad, le enseñó la madona de plata y hasta pronunció el nombre de Leonor de Este; nada pudo hacer salir de su postracion á aquella alma destrozada por el dolor. No rehusaba los cuidados que le prodigaban, y se dejaba manejar como un niño enfermo, cuya vivacidad ha estinguido la calentura.

Desde que el principe de Mantua supo la llegada de Torcuato Tasso á su principado y la conducta de Rubens en Ferrara, aprobó un todo lo que habia hecho su joven enviado, y le manifestó con los elogios mas honoríficos delante de toda su corte cuan satisfecho se hallaba de esta conducta. No contento con este asentimiento, él mismo se dirigió en persona á ver á Torcuato Tasso para asegurarle su proteccion y hacerle las mas brillantes ofertas á fin de invitarlo á que se quedara á su lado y fijara su residencia en Mantua. Al ver al poeta mas eminente de la Italia, en tan deplorable estado fisico y moral, no pudo

retener sus lagrimas, pero ni su presencia, ni su voz, ni las palabras afectuosas que dirigió al desgraciado, lograron conmoverle. Los médicos declararon que si se prolongaba este deplorable estado, podia temerse todo para la razon y para la vida del poeta, concluyendo por decir que debian emplearse todos los medios para sacarlo de él á toda costa y sin demora. Despues de haber reflexionado Rubens algunos instantes, manifestó, que creia haber hallado el medio de producir una viva conmocion sobre el espíritu de Torcuato, y se retiró á su obrador, sin mas compañía que la de Montaigne, para entregarse á los preparativos de su proyecto.

En la mañana del siguiente dia, el duque de Mantua y los principales señores de su corte pasaron á casa de Rubens, deseosos de conocer sus proyectos y los resultados que con ellos obtendria. Reunidos en el salon que precedia á la alcoba de Torcuato Tasso, oyeron primero una música dulce y melancólica, dispuesta sin duda con el objeto de escitar al enfermo; despues le oyeron dar un grito penetrante que resonó en el fondo de todos los corazones, y que hizo estremecer aun á los mas indiferentes.

— Leonor, dijo el enfermo en seguida, Leonor, tú me llamas, me muestras los cielos donde me aguardas. Gracias, gracias, ¡Oh! ven á romper las cadenas que me sujetan á esta tierra de dolores; llévame al cielo contigo!

— Se ha salvado, dijo en voz baja un médico. El señor Rubens ha obrado mas con un cuadro que nosotros con toda nuestra ciencia; é hizo seña á los concurrentes que podian entrar en la alcoba del enfermo. Vicente de Gonzaga y los señores que le seguian esperimentaron casi la sorpresa exaltada del Tasso al ver el gran cuadro que Rubens habia pintado la vispera y colocado bajo los poderosos rayos del sol naciente, en frente de la cama de Torcuato. Alumbrado asi de una manera que tenia algo de prodigio, este cuadro ofrecia cierta cosa celestial: representaba á Leonor rodeada del esplendor de los bienaventurados y conducida por los ángeles al cielo que ella señalaba con el dedo á su amante. De este boceto se sirvió Rubens mas adelante para una de sus obras maestras mas sublimes, su Asuncion de la Virgen.

En un principio habia tomado Torcuato Tasso el cuadro por una aparicion divina; pero luego que Rubens logró por medio de este engaño volver alguna sensibilidad á su enfermo, movió el lienzo á fin de no dejar caer la imaginacion del poeta en una exaltacion casi tan funesta como su abatimiento, y no vaciló en mostrarse á él.

— Querido Torcuato, dijo, estais libre y rodeado de amigos que procuran consolaros de vuestros dolores y haceros olvidar el trato indigno que habeis sufrido. He querido reproducir la imagen de la santa que os aguarda en el cielo, y para bosquejar ese cuadro me he servido del retrato de la princesa Leonor, pintado por Corregio, que habia visto en los salones de Ferrara. Habré conseguido hacer alguna cosa que sea grata al amigo y al salvador de mi padre?

Torcuato, con toda su razon, estrechó tiernamente la mano del joven pintor que añadió:

— El duque de Mantua, feliz y envanecido con poseer en sus estados al poeta mas grande de la Italia, espera en la pieza inmediata vuestro permiso para entrar á veros, pues desea ofreceros un asilo honroso á su lado, y procurará hacer feliz al que ha inmortalizado el nombre de sus antepasados.

— ¡Feliz! exclamó Torcuato Tasso, feliz! monseñor! No hay felicidad para mí sino en el cielo.

Los progresos de la cura del Tasso continuaron con rapidez y cuando ocho dias despues, partió Rubens para España, no le quedaba ningun recelo acerca del que le

debía la razón y la vida. Al separarse del poeta y de Montaigne, á quien asuntos urgentes sobrevenidos de repente llamaron á toda prisa á Francia, no pudieron los tres contener la efusión de su dolor y derramaron abundantes lágrimas.

—Querido Pietro Paolo, le dijo el filósofo, estais llamado á altos destinos, porque reunís, gracias á la munificencia celeste, dotes muy preciosas y opuestas: el valor y la prudencia, el genio y la razón, el arte y la inteligencia de los negocios. Circunstancias que bastan para inmortalizar á dos hombres: el nombre pues, de Rubens pasará de generación en generación como el de Torcuato Tasso...

—Y el de Montaigne, interrumpió el poeta.

—Así lo espero, añadió ingenuamente el autor de los *Ensayos*; pero mi nombre no tendrá el esplendor que rodeará al de Rubens, ni gozaré la felicidad que Torcuato Tasso que subirá al cielo sin pasar por el Calvario...

—Quién mas que él merece estos favores tan raros de la providencia?

Nadie seguramente, pero aun cuando los merezca debe bendecir sin cesar á Dios, que no ha querido echar ni una sola espina en el camino inmortal que huellan sus piés.... Adios, querido Pedro Pablo, á quien he amado á la vez como hijo y como hermano.

—Adios, caro Pietro Paolo, á quien bendigo como á mi salvador y amo con ternura fraternal.

—Dios mío! exclamó Rubens estrechando en sus brazos á sus dos amigos, Dios mío! cuán inmensa es vuestra misericordia para conmigo! Seria infamemente ingrato si alguna vez me separara de mis deberes de cristiano... Adios, señor Miguel de Montaigne! Concedános Jesus la gracia de volvernos á ver y de amarnos en el otro mundo, si estamos destinados á no reunirnos ya jamás en este... Adios Torcuato Tasso; no pierdo la esperanza de volver á reunirme con vos en Mantua.

Y se separaron, *dejándose, decía Montaigne, mutuamente alguna cosa de si mismos los unos á los otros, y no dividiéndose por entero.*

Precedido de su brillante fama de pintor, Rubens recibió en la corte de España la acogida mas lisonjera y honrosa. Su desembarazo, su franqueza y sus finos modales unidos á su mucha juventud, le granjearon todas las voluntades, y como había previsto el duque de Mantua, le aseguraron sin obstáculos el logro de su proyecto, siendo así que los mas hábiles diplomáticos habían visto muchas veces frustrados los suyos. El duque de Lerma sobre todo se le aficionó en extremo, «admirado de ver, dice un historiador, que se pudiera dar felice cima á los «negocios del estado y de política honradamente y sin «intrigas. Rubens, añade al mismo escritor, introducido «en audiencia particular ante el rey de España, no tardó «en captarse su afecto y benevolencia, en términos que «desde entonces gustaba tener largas conferencias con el «jóven enviado y oírle hablar sobre el objeto de su misión, sobre su viage á Italia, y sobre las noticias de los «Países Bajos, que á la sazón ardían en disensiones intestinas. Y de tal modo cautivó la voluntad del monarca «con su elocuencia, sus finos modales y su profunda erudición en multitud de materias, que al fin S. M. C. Felipe III, le dió las mas relevantes muestras de su afecto «y de la satisfaccion que le cabía por la acertada elección que el duque su señor había hecho de su persona «para enviarle á su corte. Cuando Rubens despachó su «comision y pidió una audiencia de despedida ante el «rey y sus ministros, S. M. le ofreció su cordial protección, y como testimonio de lo satisfecho que había quedado por su buena conducta en la negociación, le colmó «de presentes y distinciones por medio de su primer «ministro el duque de Lerma.» (1)

(1) Historia de Rubens.

No fué menos brillante el recibimiento que á su regreso mereció Rubens al príncipe de Mantua, porque el jóven embajador no solamente había llevado á feliz término las negociaciones que á su talento diplomático había confiado Vicente de Gonzaga, sino que sobrepujó en mucho sus esperanzas. Abrazólo tiernamente, lo hizo sentar á su lado y lo proclamó delante de toda su corte no menos hábil diplomático, que gran pintor; despues de lo cual lo condujo á las habitaciones de la duquesa, y quiso que pasase todo el dia en su compañía como un amigo íntimo, y dice Scarpone, historiador ferrarés, *como uno de los hijos de la casa*. Rubens recibió todos estos honores y todas estas demostraciones de afecto con una modestia y discrecion que no hicieron mas que aumentar el interés que inspiraba.

En este dia de intimidad fué cuando Vicente de Gonzaga contó á Rubens la marcha de Torcuato Tasso, á quien en vano habían rodeado de todas las seducciones de la corte, y se le habían prodigado fiestas, espectáculos, bailes, y sobre todo mascaradas, que eran su diversion favorita; nada había podido contenerle. Sus ideas habían llegado á ser incoherentes y su voluntad sin objeto; tan pronto se entregaba con frenesí á las disipaciones del mundo, tan pronto se encerraba en un convento, estudiaba la teología, hablaba de tomar el hábito, como se presentaba en la corte para leer los versos de su tragedia de *Torrismundo* ó de *Floridan*, poema imitado del *Amadis de Gaula*. Despues desapareció de repente, y se supo que se le había visto alternativamente en Loreto y en Nápoles, donde el conde de Paleno y el marqués de Villa se habían disputado el honor de recibirle. Desde Nápoles había pasado á refugiarse en una celda del convento de Montoliveto, en seguida se volvió á Nápoles, y desde aquí se dirigió á Roma, donde, enfermo y sin querer manifestar su nombre á nadie, entró en un hospital fundado por uno de sus antepasados para los pobres de Bérgamo emigrados á Roma. En este asilo fué donde lo descubrió por casualidad el gran duque de Toscana, llevándolo en seguida consigo á Florencia, donde pronto huýó como de otras ciudades. Desde esta época no había vuelto á saberse el paradero del gran poeta, cuya razón había alterado tanto la desgracia.

Rubens se afligió con esta relacion y se compadeció de los tormentos y aberraciones de aquella inteligencia sublime, ya casi estinguida, y volvió á entregarse con ardor á la pintura, buscando así en el trabajo consuelos al vacío inmenso que le dejaba la partida de Miguel de Montaigne y á la tristeza que le inspiraba la demencia de Tasso, marcado ya con el sello de la fatalidad. Así dejó pasar un año, al cabo de cuyo tiempo pidió al duque de Mantua permiso para recorrer las diferentes ciudades de Italia á fin de ir á estudiar en ellas lo que le faltaba conocer de las obras de los maestros célebres antiguos. No sin pesar accedió Vicente de Gonzaga á esta partida, le entregó una suma considerable como pago de muchos cuadros y le puso al cuello una pesada cadena de oro, «sin embargo de que Rubens, dice Scarpone, había recibido tantas en España, que no le quedaba sitio en su pecho donde colocar la nueva, pues «llevaba mas de veinte mil ducados de oro y piedras, entre presentes y regalos honoríficos de los reyes, príncipes y princesas cuyos retratos había pintado ó cuyas «cortes había visitado.»

Rubens se dirigió primero á Roma, á donde llegó el 25 de abril de 1595. Al entrar en la ciudad antigua, notó grande agitacion entre el pueblo que discurría por las calles en traje de fiesta, y se encaminaba presuroso hácia el palacio del soberano pontífice, cercado de toda la milicia papal. Rubens, admirado, preguntó á muchos transeúntes que gran fiesta se celebraba, pero estos sin detenerse y continuando presurosos su camino, le contestaron:

—El triunfador! la llegada del triunfador!
Y desaparecieron.

Rubens, sin poder obtener esplicaciones mas completas, se dirigió al palacio del cardenal Cynthio Aldobrandini, sobrino del papa y amigo de Vicente de Gonzaga, para quien llevaba cartas del príncipe de Mantua, y que además había escrito á Rubens para obtener el favor de que se hospedara en su casa: porque tal era en aquella época el entusiasmo de la Italia por las artes que los principales señores y hasta los mismos reyes tributaban á los artistas y poetas honores distinguidos y prodigaban á competencia sus homenajes de admiración al genio.

Rubens no observó en las avenidas del palacio Aldobrandini menos concurrencia y pompa que en las calles de Roma. Con mucho trabajo pudo llegar hasta donde estaba el cardenal, quien, como ya le había visto muchas veces en la corte del duque de Mantua, corrió á su encuentro, le estrechó tiernamente en sus brazos y le dijo:

—Bien venido sea el señor Rubens, que mi buena estrella me envía; mi palacio recibirá hoy á dos huéspedes á cual mas ilustres: el gran pintor flamenco y al autor de la *Jerusalén libertada*.

—Torcuato Tasso? exclamó Rubens, Torcuato Tasso está en Roma?

—Llegará á mi casa dentro de breves instantes; mi tío el Santo Padre le ha escrito á Nápoles, para ofrecerle los honores del triunfo que recibió en otro tiempo Petrarca en Roma. Al principio rehusó estas gloriosas demostraciones de la admiración de los romanos, pero al fin ha cedido á las instancias de los tres cardenales enviados por Clemente VIII para vencer la repugnancia del ilustre poeta... El Tasso se puso en camino; todos los pueblos por donde pasaba le prodigaban festejos y lo recibían como hubieran hecho con el mismo papa: las poblaciones en masa salían al camino, las autoridades le arengaban y las jóvenes doncellas le presentaban flores. Y cuando tuvo que atravesar los límites del reino de Nápoles y de los estados romanos, entre Mola y Fondi, infestados por la partida del célebre bandido

Mario Sierra, mi tío quiso enviar un cuerpo numeroso de soldados para proteger al viajero. Torcuato rehusó esta escolta, y continuó su camino con el reducido número de criados que le habían acompañado hasta entonces. No tardó en encontrar á los temibles ladrones, y ya se disponía á resistir vigorosamente, cuando con gran sorpresa suya vió á Mario Sierra avanzar hacia él, arengarle como hubiera podido hacerlo un orador de profesión, y suplicarle que le concediera el honor de acompañarle con una escolta hasta las puertas de Roma. Torcuato Tasso dió las gracias al jefe de los bandidos y le aconsejó que se alejara de la carretera para no asustar á los viandantes; el bandolero le prometió que así lo haría, y hasta ahora ha cumplido su palabra. En fin el Tasso se halla en Roma desde esta mañana. El santo padre lo ha recibido en el Vaticano... pero escuchad... él mismo me lo trae á mi palacio, porque ya sabéis que está prohibido á los soberanos pontífices dar hospitalidad en los suyos á un extranjero por ilustre que sea.

En efecto, oyóse el ruido de la muchedumbre que saludaba con sus aclamaciones á Torcuato Tasso gritando: «Viva el gran poeta!» y cantaba los versos de la *Jerusalén*. En seguida toda esa multitud se colocó al redor del palacio Aldobrandini y se abrió respetuosamente para dar paso al triunfador, que luego que bajó del coche marchaba apoyado en el brazo del mismo papa.

El cardenal Cynthio, seguido de Rubens, se apresuró á ir á recibir al rey de la cristiandad y al rey de la poesía. Rubens, al ver á Torcuato no pudo reprimir un grito de dolor, tales eran los estragos que la enfermedad había hecho en la débil persona del infortunado! tanto le había ya marcado la muerte con su terrible sello! Torcuato alargó la mano á Rubens y derramó algunas lágrimas, despues volviéndose hacia Clemente VIII:

—Muy Santo Padre, dijo, he aquí al libertador generoso que me arrancó de los calabozos del duque de Ferrara. El es á quien deberían tributarse los honores del triunfo, por que es el digno sucesor de vuestro Miguel Angel Buonarrotti; es jóven, y feliz mientras yo no necesito ya



El Tassodespidiéndose del papa.

sino un féretro. He venido porque me lo habeis ordenado, y como hijo sumiso de la santa iglesia, debía obedeceros á pesar de mi repugnancia. Pero si persistis en querer concederme una corona, reservadla para adornar mi tumba. Las pompas del triunfo no añadirán nada al mérito de mis obras, mientras que turbarán los pocos dias que me restan de vida, como han envenenado la felicidad del Petrarca.

—Desechad esas ideas lúgubres, Torcuato Tasso, interrumpió Clemente VIII, y consentid en honrar una corona que ha honrado á todos los que la han llevado antes que vos.

—Mis dias están contados! replicó el poeta con melancolía. Os debo obediencia y cedo: pero á lo menos concededme la gracia de retirarme hasta entonces al convento de san Onofre, con el señor Rubens, que me otorgará este último favor. Su cautiverio no será de larga duracion! Lo conozco, Dios no tardará en llamarme á sí, y el ángel de la muerte me tiene ya asido de su mano. Si quereis coronar á otra cosa que no sea un cadáver, es menester que os apresureis, como es preciso que yo me apresure á poner bien mi alma con Dios! Y sin embargo tengo mucha confianza en su misericordia, porque á pesar de la enormidad de mis culpas, su bondad paternal ha cuidado de hacérmelas espiar en este mundo con la mas dura de las pruebas, el don fatal del génio ¡Oh! si supiérais lo que he sufrido, si pudiérais comprender cuantas veces he pedido á Dios que me despoje de esta falsa gloria, os sentiríais lleno de compasion y verteríais lágrimas. Gracias á la bondad divina, estos dolores van á tener pronto un término, ó mas bien ya lo tienen, porque he dejado de pertenecer á la tierra, y mi alma está ya en el cielo con mi corazon, al lado del ángel que ora por mí á los pies de Dios. Las gentes se rien y me tratan de loco cuando les digo que la Virgen santa, madre de Dios, se digna bajar del paraíso á la tierra para consolarme: si supiérais lo que sufro, comprenderíais que el Altísimo ha permitido este milagro sin el cual se hubiera apoderado de mí la desesperacion; por que ha habido momentos en que la blasfemia venia á mis labios, y momentos en que hubiera estallado sin el dedo divino y misericordioso que la reprimía. Concededme, pues, la gracia que solicito de vuestra santidad, dejadme retirar al convento de San Onofre; allí vendreis á buscarme el día del triunfo.

El papa Clemente VIII accedió á esta súplica y el cortejo se puso en marcha para acompañar al poeta hasta el convento. Cuando llegó á sus umbrales, Torcuato se volvió, saludó á la multitud, besó la mano del papa y despues de haber sido recibido por el abad y sus monges, pidió retirarse á una celda de novicio. Allí, solo con Rubens, cuando un poco de sueño hubo dado algun alivio á la estremada fatiga que experimentaba, tomó la mano del jóven pintor y la colocó sobre su abrasada frente:

—Sientes las señales de la corona de espinas, Pietro Paolo? Maldita sea la gloria!... si una maldicion puede todavia salir de los labios de un moribundo. ¡Oh! amigo mio! que no hubiese yo nacido de un pobre artesano! porque en mi locura me habré creído igual á un principe, solo porque me llamaban el poeta mas grande de mi siglo!... Pero ahuyentemos estos pensamientos, dijo, no quiero ya ocuparme sino del cielo! Rubens, des prende de tu cuello la madona de plata que di á tu padre; volverás á tomarla de mis manos heladas, cuando mis labios hayan exhalado el ultimo suspiro.

Rubens obedeció sin vacilar: Torcuato recibió la madona y la estrechó contra sus labios con fervor.

—Ahora, añadió, es menester que ejecutes mi última voluntad: toma esta cajita y quema todos los papeles que contiene, pues son borradores indignos de poesias concebidas y escritas durante mi embrutecimiento en

el encierro, cuando no tenia toda mi razon como decian.

Rubens miró á Torcuato con aire de duda y perplegidad.

—Si próximo á morir, dejáras una pintura indigna de tí, no mandarías á tu hijo ó á tu hermano que la quemase? preguntó Torcuato al jóven pintor.

Este, sin vacilar ya, cogió los papeles y los entregó á las llamas que los devoraron. Cuando no quedó mas que un monton de cenizas, Torcuato Tasso, que habia contemplado con serenidad consumirse los manuscritos, se puso á balbucear varias oraciones apretando la madona de plata en sus manos agitadas por los temblores de la agonía. Poco á poco se estinguió su voz, ya no se oyó nada, y permaneció el resto del dia absorto en una dulce contemplacion. En los dos dias siguientes dirigió pocas palabras á su jóven compañero, que no le abandonó un momento ni disfrutó una hora de descanso, ni de sueño. Atento como una madre al menor gemido del poeta, acercaba á sus labios abrasados el brebaje bienhechor que le mitigaba la sed; ó bien sostenia su cabeza débil y recogia las palabras insensatas que el delirio hacia murmurar al enfermo, y las cuales revelaban su desesperacion y su odio por la gloria que habia sufrido!

Al cuarto dia recobró su razon, apretó la mano de Rubens y le suplicó que llamase al abad de San Onofre,



El Tasso enfermo.

para que le suministrase los últimos sacramentos del cristiano que se muere: el viático y la extrema-uncion. En el momento en que revestido con las insignias eclesiásticas y seguido de todos sus monges colocados solemnemente en procesion, el venerable sacerdote salia de su iglesia para ir á llenar su santa mision, oyó fuera

del convento el ruido de la música y las aclamaciones del pueblo; era el cortejo del triunfo que venia á buscar al Tasso para conducirlo en pompa al Capitolio. El anciano sacerdote con el sagrado copon en la mano, se adelantó hacia la multitud y desde lo alto de las gradas del convento les hizo seña que se arrodillasen.

—Orad! les dijo, orad! por que un alma cristiana vá á subir al cielo.

Toda aquella multitud se arrodilló devotamente, y media hora transcurrió durante la cual un capuchino solo, de pié, recitó la oracion de los agonizantes, y dijo las palabras fúnebres del *De profundis* repetidas por toda la concurrencia.

Transcurrido este tiempo, vióse á Rubens, que no podia reprimir sus lágrimas, descender del convento, seguido de dos monges que sostenian un cadáver cubierto con un manto de púrpura. Atravesaron la multitud asombrada, se dirijieron al carro triunfal, subieron sus gradas y depositaron su carga sobre el trono de oro y marfil. Entonces Rubens tiró del paño y dejó ver el cadáver de Torcuato Tasso revestido con la toga romana.

El jóven pintor tomó la corona de laurel que habian preparado para ceñir la frente del poeta y la puso sobre aquella cabeza helada, inmóvil, muerta!

En seguida bajó, se arrodilló entre la multitud que no se habia levantado todavía, y oyóse de nuevo el lúgubre murmullo del *De profundis*. Dióse entonces la seña de marcha y el cortejo se encaminó hacia el Capitolio.

Solo Rubens no siguió al carro que conducia el cadáver, sino que fué á refugiarse en el rincón mas obscuro de la iglesia de san Pedro, y allí, arrodillado delante del altar de la Virgen, oró con fervor teniendo en su mano la madona de plata que habia vuelto á tomar de las heladas manos de Torcuato Tasso y en la que el gran poeta imprimia sus labios cuando entregó su alma á Dios.

De Roma, donde todavía permaneció cerca de cuatro meses, pasó Rubens á Florencia, donde el duque reinante lo acogió con no menos benevolencia que lo habia hecho el Santo Padre; encargóle ademas que hiciera su propio retrato, para colocarlo en la magnífica galería donde este príncipe reunia los retratos de los mas grandes pintores del universo.

Un año pasó antes que el jóven flamenco dejase á Florencia, desde donde se dirigió á Bolonia y despues á Venecia, regresando por último á Roma, donde el papa le habia llamado para pintar doce cuadros destinados al palacio Rospigliosi, y que representasen los doce apóstoles.

La princesa Scalimara le encargó tambien dos grandes cuadros, cuyos asuntos eran; el del primero *Proteo* y *Arqueloo*, y el del segundo *Vertumno* y *Pomona* rodeados de frutos y animales.

Despues de haber acabado ocho ó diez cuadros mas con la brevedad y perfeccion que le caracterizaban, partió para Génova y Milan, donde dibujó é hizo grabar su magnífica coleccion impresa en Amberes con el titulo de *Palazzi di Genua da Pietro Paolo Rubens*.

Una tarde, despues de haber pasado todo el dia en copiar uno de los mas admirables cuadros de Miguel Angel, al entrar en la quinta que habia arrendado, se entregó al *dolce far niente*, como para descansar de seis horas de un trabajo continuo y de lucha con el enérgico y sublime Bounarotti. Primero, se complació con la satisfaccion que le causaba el éxito de su obra, y de aqui llevó naturalmente sus ojos sobre su gloria, resplandeciente aureola que rodeaba su cabeza en una edad en que la mayor parte de los hombres permanecen todavía desconocidos. La fortuna, los honores y la fama venian á él de todas partes: contaba ya de dos á tres mi-

llones de reales honradamente adquiridos; los primeros príncipes de Italia le trataban como á un hábil diplomático y un embajador de alta distincion; en cada ciudad que visitaba, recibia los testimonios mas relevantes de la admiracion pública, en fin la Europa entera repetia con entusiasmo el nombre de Pedro Pablo Rubens. Era jóven; jamás la enfermedad, ni la desgracia habian ajado su cuerpo ni su alma, y podia llamarse feliz entre todos. Si, feliz; por que, para gozar de estos triunfos, para depositarlos á los pies de un ser querido; no tenia á su madre, á su santa y buena madre, que tanto se alegraba con cada uno de los ecos de la gloria de su hijo que llegaban hasta ella? su madre que no habia vuelto á ver en el espacio de ocho años, pero que abrazará muy en breve, por que dentro de tres meses dejará á Génova é Italia para volver á ver á su querida Flandes y á su idolatrada madre! Dios mio! cuánta alegría, cuánta felicidad le están todavía reservadas!... No la escribirá que vá á ponerse en camino para verla. Llegará sin haber avisado á nadie, penetrará en la casa paterna... De repente abrirá la puerta de la habitacion, donde suele hallarse siempre su querida madre, y se quedará allí, mudo é inmóvil, para gozar de la sorpresa que experimentará al ver al caballero desconocido... Ella vacilará por el pronto en reconocerle; por que cuando se ausentó era adolescente, y ahora ya es hombre. En seguida, de repente, se arrojará en sus brazos, y lo estrechará amorosamente en ellos. — Pedro Pablo, mi Pedro Pablo! hijo mio! eres tú! — Y despues sus hermanas y hermanos, avisados ya por los criados, acudirán presurosos y unirán sus caricias á las de su madre. Un banquete reunirá á toda la familia, que derramará lágrimas de gozo y de ternura al ver otra vez á su lado al buen hijo, al amante hermano y al cariñoso amigo. Pero á que esperar el largo espacio de tres meses? Hoy mismo, si quiere, puede realizar tan venturoso proyecto! — A qué acumular mas fortuna y mas gloria en Génova, cuando la felicidad le espera en Amberes! Ola! que se prepare todo lo necesario para un viage á Flandes. Parto solo, esta tarde, con mi fiel criado Hubertus. A Jans dejo el cuidado y el gobierno de mi casa durante mi ausencia. Y con el corazon palpitante de alegría se dirigió al puerto; ajustó un barco, que se dió al punto á la vela para los Países Bajos, y arribó á las costas de Flandes con una celeridad maravillosa. La primera persona que encontró al pisar las playas de su querida patria fué un criado de su madre, que iba á embarcarse para Italia, con un mensaje de la señora de Rubens para su hijo; pero reconociendo al artista, corrió á él y le entregó la carta. Rubens la abrió en aquel mismo instante y leyó:

«Querido hijo, Pedro Pablo, abandona inmediatamente la Italia y vuelve á los brazos de tu amante madre. Conozco que me quedan pocos dias de vida y que no tardaré en ir á reunirme con tu padre á los pies de Dios. A los setenta años de edad, las mas leves enfermedades son temibles, y la que yo sufro es grave y no perdona ni aun á los jóvenes; quiero decirte con esto que no me ocupo ya sino de la salvacion de mi alma, y que resignada á la voluntad de Dios, no le pido mas que una sola gracia en este mundo: la felicidad de volverte á ver, y abrazarte, aunque no seas mas que una vez, antes de morir. Si se digna concederme este favor, Pedro Pablo, moriré sin pesar, por que habré cumplido felizmente toda mi mision sobre la tierra. Tus hermanas están casadas ventajosamente, y tus hermanos ocupan en el mundo posiciones cómodas y honradas, donde se captan la estimacion y el aprecio públicos... Y tú, Pedro Pablo, tú, mi amado hijo, has cubierto de gloria nuestra casa! Debo confesártelo, muchas veces mi corazon de madre ha palpitado de orgullo, cuando he oido hablar de tus trabajos, admirados de todos, y de tu celebridad, tan grande y tan merecida! Empero mi alegría ha llegado al colmo cuando he sabido que no habias comprado

«esa gloria á costa de tu felicidad, pues eras tan dichoso como célebre. Vuelve, pues, á mis brazos, mi querido Rubens, vuelve pronto, para que tu madre pueda abrazarte una vez antes de espirar y darte la bendición que te envía desde su lecho de dolor, esperando el día en que vengas á abrazarla.

MARÍA PYPELINK, viuda de Rubens.

Caballos! caballos! gritó fuera de sí Rubens, y algunos instantes despues le arrastraba un coche como un torbellino hacia Amberes; porque derramaba el oro para apresurar la rapidez de la carrera.... Las diez de la mañana daba el reloj de la plaza de Amberes cuando llegó á su ciudad natal, y cuando el coche se paró delante de la puerta de la casa de su madre. Esta puerta estaba cerrada y al rededor de la casa reinaba un lúgubre silencio que heló de espanto á Rubens. Llamó, y Blandina, su hermana, salió á abrir y se arrojó en sus brazos llorando. Estaba vestida de negro.

— Madre mia! madre mia! exclamó Rubens.

Blandina le señaló el cielo.

— Oh! madre mia! ya no os veré mas, ni oiré vuestra voz, mis labios no besarán con respeto vuestra mano! Mi frente no recibirá vuestra bendición! Desgraciado de mí!

Hubiera querido llorar pero no pudo. Una mano de hierro apretaba su corazón; una pesada venda abrumaba sus ojos y su frente; creyó que iba á volverse loco.

Su hermana lo condujo á la alcoba de su madre y lo acercó al lecho en que había exhalado el último suspiro:

— Aquí es, dijo, donde sus labios se cerraron para siempre pronunciando tu nombre, Pedro Pablo! Aquí es donde sus manos se estendian para bendecirte, como nos había bendecido á nosotras.

Rubens se arrodilló y ocultó su rostro contra los pies de la cama, en cuya actitud y derramando amargas lágrimas, permaneció mas de un cuarto de hora, y cuando se levantó no pudo su hermana menos de sorprenderse y consternarse al ver sus facciones tan descompuestas.

— Donde reposa nuestra madre, preguntó?

— En la iglesia de la abadía de San Miguel, hermano mio.

Rubens se embozó en su capa y se dirigió silenciosamente á la abadía de San Miguel, evitando con cuidado las calles concurridas. Cuando llegó á la iglesia, se encaminó en derechura al presbiterio y se paró delante de una losa donde leyó el nombre de su madre. Prosternado y con los labios pegados en esta losa oró con fervor hasta que vino la noche. Entonces el abad de San Miguel, sabedor de su llegada, y que antes no había querido turbar tan justo dolor, se aproximó á él y le invitó á que se retirara á descansar un rato, á fin de alejarlo de tan funebres lugares. Rubens se resistió al principio, pero acabó por ceder á la voz persuasiva y á la voluntad del anciano sacerdote, que habló en nombre de Jesucristo y de la autoridad que había recibido de este divino maestro. Conducido, pues, por el abad al claustro, le suplicó Rubens que le concediera una celda como á los monges y le permitiera pasar en ella algun tiempo.

— Quizás, añadió, no abandonaré jamás estos santos lugares y consagraré en ellos á Dios y al dolor el resto de mi vida.

— Hijo mio, replicó dulcemente el abad, mal secundarías la voluntad de Dios, renunciando á servirle por medio de los maravillosos dones que os ha concedido, y encerrándoos para siempre en un claustro. Este asilo estará abierto para vos hasta que se haya mitigado vuestro dolor, que ahora es preciso respetar y dejar abandonado á sí mismo; pero no penseis sepultaros en este claustro, por que faltaría á lo que debeis á Dios y á los hombres.

Cuatro meses transcurrieron, sin que en todo este tiempo hubiese salido Rubens una sola vez de la abadía

de San Miguel. Triste, abatido, atormentado, no pensaba siquiera en sus pinceles y no sabía hacer mas que orar y llorar. Un día, al entrar en su celda, despues de haber asistido á los maitines, halló á dos personas que lo esperaban: eran estas su maestro Ottovoenius y el archiduque Alberto; el pintor se arrojó en sus brazos, y el principe le estrechó la mano afectuosamente.

— Ya has dado demasiado tiempo al dolor, dijo Ottovoenius, que contestaba con sus lágrimas á las lágrimas de su discípulo. Recuerda que perteneces á tu patria, á tu familia, á tu gloria! Es menester que dejes hoy mismo esta abadía y vuelvas á tomar tus pinceles...

— Y venir á mi corte, interrumpió el archiduque, porque hace seis años que os nombré mi pintor, y es justo que desempeñeis al fin los deberes de vuestro cargo, añadió con amable sonrisa.

— Permitidme que vuelva á Italia, monseñor. Agradezco infinito vuestras bondades, pero conozco que mi tristeza no tendrá consuelo sino lejos de Flandes.

— Ingrato! exclamó Ottovoenius; como, quierdes abandonar otra vez á tu patria? quierdes dar á la Italia una gloria que pertenece á la tierra que te vio nacer y donde reposan las cenizas de tus padres? Oh! si tu santa madre te oyese, diría: «Lo que acabas de decir es indigno de mí!»

Rubens miró á Ottovoenius con emoción y fué á arrodillarse sobre la tumba de su madre, donde oró largo rato con fervor: en seguida quitándose del cuello la madona de plata del Tasso, la depositó entre las reliquias amontonadas á los pies de una virgen que se veía apoyada contra una columna encima de la piedra sepulcral, y volvió al lado del principe y de Ottovoenius:

— Haced de mí lo que querais, les dijo; me habeis hablado en nombre de mi madre y debo obedeceros.

Ottovoenius dió el brazo á Rubens; el archiduque se apoderó de su otra mano, y se alejaron los tres, no sin que una lágrima rodase lentamente por las mejillas del artista.

«Cuando Rubens volvió á presentarse al público, refiere el licenciado Miguel, todos se apresuraban á tributarle los cumplimientos mas lisonjeros por su feliz regreso, y rendirle homenaje á sus brillantes talentos, de que tan estraordinarias muestras había dado, tanto en las cortes italianas, como en la de Madrid; porque antes de su llegada á los Países Bajos, la fama de su nombre había ya resonado en la corte del archiduque Alberto, en la ciudad de Amberes y en los países vecinos.»

Largo tiempo deseado en la ciudad de Amberes, apareció sobre el horizonte de los Países Bajos como una brillante aurora que presagia la hermosura del día que anuncia; todos se alegraron al volver á ver al ilustre artista que había sabido captarse el afecto de los paíes, de los reyes y de los principes; que con su vasta erudición había honrado á la patria de sus antepasados, que con su genio penetrante é infatigable se había adquirido el justo título de segundo Apeles, y por último, que con su talento superior en la pintura prometia á la ciudad de Amberes y á todos los Países Bajos el establecimiento de la brillante escuela flamenca.

Apesar de todas estas demostraciones de alegría y afecto con que fué acogido no solo por parte de sus parientes y amigos, sino tambien de los principales personages de la ciudad, no se hallaba á gusto en Amberes y hasta llegó á aburrirse en términos de quejarse amargamente de esta ciudad, porque no veía en ella á los Ticianos ni Corregios; esos hermosos cuadros que le servían de otros tantos manjares deliciosos para alimentar su genio, como los de la mesa de un principe sirven para satisfacer el apetito de los palaciegos.

Por otro lado el clima templado y benigno de Italia, á que ya estaba habituado, le agradaba mas que el crudo temperamento de Amberes, de modo que resolvió por

segunda vez volverse á aquel delicioso pais, á pesar de las promesas que habia hecho al archiduque y á Ottovonius.

Sabedores de esta resolucion los archiduques Alberto é Isabel, opusieron á ella un poderoso obstáculo, con tanto mas motivo cuanto que estaban informados de su gran capacidad para el gabinete, y de su sobresaliente genio para la pintura; por otro lado SS. AA. RR. no ignoraban la eleccion que el duque de Mantua habia hecho de la persona de Pedro Pablo Rubens confiándole una comision reservada para su hermano Felipe III, rey de España, la cual habia evacuado con tanta honra como gloria, y sabian tambien que su magestad católica habia manifestado delante de sus ministros y cortesanos su satisfaccion por la alta mision de que habia sido encargado Rubens cerca de su persona, pues le consideraba mas apto y digno que cualquiera otro caballero que el duque de Mantua hubiera podido enviarle.

Consideraciones de tanto peso no podian menos de obligar á SS. AA. RR. á guardar este raro tesoro para enriquecer su corte, los Países Bajos y para la felicidad de sus súbditos, mandando á Rubens que pasase inmediatamente á Bruselas, en cuya corte recibió una acogida, como no la habia hallado en ninguno de los principes de Italia, pues los archiduques le pidieron un detalle de sus viages y de sus aventuras en las cortes de los principes donde se habia presentado y principalmente de la de Madrid.

Despues de esta amena é intima conversacion, SS. AA. encargaron al hábil pintor que hiciera sus retratos, en cuyo intervalo pudieron persuadirle de que abandonase su resolucion de volverse á Italia, y lo agregaron á su servicio señalándole una pension considerable y honrándolo al mismo tiempo con la llave de oro.

Los archiduques no fueron los únicos que temieron que Rubens permaneciese firme en su proyecto de pasar á Italia, sino tambien los ministros y demas personajes de la corte que pusieron de su parte lo que pudieron para separarlo de un propósito que podia privarles de la satisfaccion que recibian con su amena conversacion, con su elocuencia y demas dotes que tanto realizaban el mérito del hábil diplomático y del sobresaliente artista.

Rubens tuvo sin embargo que hacerse mucha violen-

cia para resistir á las atenciones de una corte que tan obsequiosa se mostraba con él; pero como por otra parte estaba convencido de que ya no le quedaba motivo plausible para oponerse á los deseos de los archiduques, accedió á ellos, si bien pidió á su vez la gracia de poder establecerse en Amberes, á fin de que la frecuencia de la corte no impidiese sus estudios y el ejercicio de la pintura, como los únicos encantos que su alma podia gustar en el mundo, y porque su única ambicion era pasar una vida dulce y tranquila, distante del bullicio de la corte, y perfeccionarse en su arte, sometiendo no obstante á las órdenes de SS. AA. RR. en todos tiempos y lugares en que su mejor servicio lo exigiese.

Los archiduques, encantados con esta sumision á su voluntad, accedieron al mismo tiempo á la súplica de Rubens, que despidiéndose de SS. AA. y de toda la corte, tomó el camino de Amberes llevando á sus parientes y amigos la agradable noticia de que la corte de Bruselas le habia retraido de su propósito de regresar á Italia y que iba á fijar su domicilio en Amberes.

La resolucion de Rubens fue tan seria que compró una casa muy espaciosa y la reedificó en gran parte á la romana, segun el plano que él mismo habia levantado, disponiendo en ella muchas salas muy vastas y cómodas, á fin de colocar en ellas la preciosa coleccion de cuadros y estatuas antiguas, bajos relieves, medallas y otra porcion de preciosidades artísticas reunidas á fuerza de tiempo, dinero y paciencia, en los diferentes viages que habia hecho.

Este amor á las raras producciones de la antigüedad no se amortiguó en su corazon sino hasta el fin de su vida, pues por medio de un comisionado inteligente y fiel, establecido en Italia, con quien sostenia continua correspondencia, hizo preciosas adquisiciones, aprovechando él por su parte todas las ocasiones favorables en los Países Bajos para enriquecer su vasta coleccion.

No solo adornó y embelleció con el mayor lujo su casa, sino que construyó en ella un espacioso laboratorio, al que conducia una escalera magnífica y cómoda para subir y bajar los grandes cuadros, como el paso mas frecuentado y necesario de su domicilio y profesion.

ENRIQUE BERTHOUD.



Niños del Canadá colgados de un árbol para librarlos de los animales feroces.